

Antología poética

Juan Ramón Jiménez



IES MAESE RODRIGO (CARMONA)

Curso 2013-2014 - 2º de Bachillerato

Almas de violeta (1900)

- 1 -

Remembranzas

A Manuel Reina.

Recuerdo que cuando niño
me parecía mi pueblo
una blanca maravilla,
un mundo mágico, inmenso;
las casas eran palacios
y catedrales los templos;
y por las verdes campiñas
iba yo siempre contento,
inundado de ventura
al mirar el limpio cielo,
celeste como mi alma,
como mi alma sereno,
creyendo que el horizonte
era de la tierra el término.
No veía en su ignorancia
mi inocente pensamiento,
otro mundo más hermoso
que aquel mundo de mi pueblo;
¡qué blanco, qué blanco todo!,
¡todo qué grande, qué bello!

Recuerdo también que un día
en que regresé a mi pueblo
después de largos viajes,
me pareció un cementerio;
en su mezquina presencia
se agigantaba mi cuerpo;
las casas no eran palacios
ni catedrales los templos,
y en todas partes reinaban
la soledad y el silencio.
Extraña impresión sentía
buscando en mi pensamiento
la memoria melancólica
de aquellos felices tiempos
en que no soñaba un mundo
como el mundo de mi pueblo.

¡Cuántas veces, entre lágrimas
con mis blancos días sueño,
y reconstruyo en mi mente
la visión de aquellos tiempos!

¡Ay!, ¡quién de nuevo pudiera
encerrar el pensamiento
en su cárcel de ignorancia!,
¡quién pudiera ver de nuevo
el mundo más sonriente
en el mundo de mi pueblo!

- 2 -

A mis penas

Cuando lloraba yo tanto,
cuando yo tanto sufría,
mis penas, sólo mis penas,
fueron constantes amigas;
me quedé sin ilusiones,
me quedé sin alegrías,
volaron mis esperanzas,
y en el mar de mi desdicha,
pobre y solitario náufrago
sin auxilio me perdía;
llegó un momento supremo
en que aborrecí la vida.

Entonces brilló a lo lejos
una azul playa bendita,
la playa del sufrimiento,
de las nostalgias divinas;
pensé un instante en la lucha,
sol que alumbró muerto día,
y me abracé a mis dolores
y salvé mi inútil vida.

¡Penas mías, yo os bendigo!
¡Yo os bendigo, penas mías,
negras tablas salvadoras
del perfume de mi vida!
Nunca, nunca me olvidéis
en el mar de mi desdicha,
entristeced mis amores,
entristeced mis delicias,
que yo gozo con las penas
más que con las alegrías,
que jamás puedo olvidarme
de aquella playa bendita,
en donde me embriagasteis
de las nostalgias divinas.
Todo el oro de mis sueños,
todo el amor de mi lira,
todas las flores que entreabran
sus cálices en mis días,
todo el fuego de mis ojos,
todo el placer de mis risas,
es sólo para vosotras,
adoradas penas mías,
adoradas salvadoras
del perfume de mi vida.

Ninfeas (1900)

- 3 -

Ninfeas

En el lago de sangre de mi alma doliente,
del jardín melancólico de mi alma llorante...,
en el lago de sangre de un Amor suspirante,
en que un cisne tristísimo lanza treno mugiente...

encantadas Ninféas de albo cáliz gimiente,
como nieve dormida, como nieve flotante,
agonizan cantando níveo cántico amante
en tranquilo tormento, en tormento silente.

¡Encantadas Ninféas, encantados Delirios,
elevaos de ese lago de sangrientos Martirios...,
remontad vuestras alas, remontad vuestras hojas...,

y ceñid a mis sienas auréola de Ensueños...

¡Oh! ¡qué hermosas seríais aureolando mis Sueños...!

¡Oh! ¡teñid vuestras almas con mis lágrimas rojas...!

- 4 -

Somnolenta

Va cayendo la tarde con triste misterio...
inundados de llanto mis ojos dormidos,
al recuerdo doliente de Amores perdidos,
en la bruma diviso fatal cementerio...

El Sol muerto derrama morados fulgores
inundando de nieblas la verde espesura...
Dulce ritmo armonioso de vaga amargura
me despierta... A mi lado se duermen las flores...

Taciturno prosigo mi senda de abrojos
y mis ojos contemplan la azul Lejanía...
Allá lejos... muy lejos... está mi Alegría
en los míos clavando sus lívidos ojos...

¡Ah! ¡delirio! ¡delirio...! Al través de una rama
una Sombra adorada ligera se mueve:
una Sombra con cara de lirios y nieve,
que sus labios me ofrece y gimiendo me llama...

Y se aleja llorando con triste misterio.
Inundados de llanto mis ojos dormidos,
al recuerdo doliente de Amores perdidos,
tras la Sombra camino al fatal cementerio...

Rimas (1902)

- 5 -

ADOLESCENCIA

1

En el balcón, un instante
nos quedamos los dos solos.
Desde la dulce mañana
de aquel día, éramos novios.
—El paisaje soñoliento
dormía sus vagos tonos,
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño.—
Le dije que iba a besarla;
bajó, serena, los ojos
y me ofreció sus mejillas,
como quien pierde un tesoro.
—Caían las hojas muertas,
en el jardín silencioso,
y en el aire erraba aún
un perfume de heliotropos.—
No se atrevía a mirarme;
le dije que éramos novios,
...y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos.

2

Aquella tarde, al decirle
yo que me iba del pueblo,
me miró triste -¡qué dulce!-,
vagamente sonriendo.
Me dijo: ¿Por qué te vas?
Le dije: Porque el silencio
de estos valles me amortaja
como si estuviera muerto.
-¿Por qué te vas?- He sentido
que quiere gritar mi pecho,
y en estos valles callados
voy a gritar y no puedo.
Y me dijo: ¿Adónde vas?
Y le dije: Adonde el cielo
esté más alto, y no brillen
sobre mí tantos luceros.
Hundió su mirada negra
allá en los valles desiertos,
y se quedó muda y triste,
vagamente sonriendo.

Primavera y sentimiento

Estos crepúsculos tibios
son tan azules, que el alma
quiere perderse en las brisas
y embriagarse con la vaga
tinta inefable que el cielo
por los espacios derrama,
fundiéndola en las esencias
que todas las flores alzan
para perfumar las frentes
de las estrellas tempranas.

Los pétalos melancólicos
de la rosa de mi alma,
tiemblan, y su dulce aroma
(recuerdos, amor, nostalgia),
se eleva al azul tranquilo,
a desleírse en su mágica
suavidad, cual se deslíe
en un sonreír la lágrima
del que sufriendo acaricia
una remota esperanza.

Está desierto el jardín;
las avenidas se alargan
entre la incierta penumbra
de la arboleda lejana.
Ha consumado el crepúsculo
su holocausto de escarlata,
y de las fuentes del cielo
(fuentes de fresca fragancia),
las brisas de los países
del sueño, a la tierra bajan
un olor de flores nuevas
y un frescor de tenues ráfagas...
Los árboles no se mueven,
y es tan medrosa su calma,
que así parecen más vivos
que cuando agitan las ramas;
y en la onda transparente
del cielo verdoso, vagan
misticismos de suspiros
y perfumes de plegarias.

¡Qué triste es amarlo todo
sin saber lo que se ama!
Parece que las estrellas
compadecidas me hablan;
pero como están tan lejos,
no comprendo sus palabras.
¡Qué triste es tener sin flores
el santo jardín del alma,
soñar con almas floridas,
soñar con sonrisas plácidas,
con ojos dulces, con tardes
de primaveras fantásticas!...

¡Qué triste es llorar, sin ojos
que contesten nuestras lágrimas!
Ha entrado la noche; el aire
trae un perfume de acacias
y de rosas; el jardín
duerme sus flores... Mañana,
cuando la luna se esconda
y la serena alborada
dé al mundo el beso tranquilo
de sus lirios y sus auras,
se inundarán de alegría
estas sendas solitarias;
vendrán los novios por rosas
para sus enamoradas;
y los niños y los pájaros
jugarán dichosos... ¡Almas
de oro que no ven la vida
tras las nubes de las lágrimas!

¡Quién pudiera desleírse
en esa tinta tan vaga
que inunda el espacio de ondas
puras, fragantes y pálidas!
¡Ah, si el mundo fuera siempre
una tarde perfumada,
yo lo elevaría al cielo
en el cáliz de mi alma!

Me he asomado por la verja
del viejo parque desierto:
todo parece sumido
en un nostálgico sueño.

Sobre la oscura arboleda,
en el transparente cielo
de la tarde, tiembla y brilla
un diamantino lucero.

Y del fondo de la umbría
llega acompasado el eco
de algún lago que se queja
al darle una gota un beso.

Mis ojos pierdo, soñando,
en la bruma del sendero;
una flor que se moría
ya se ha quedado sin pétalos.

De una rama amarillenta,
al temblar el aire fresco,
una pálida hoja mustia
dando vueltas cae al suelo.

Ramas y hojas se han movido,
un algo turba el misterio;
de lo espeso de la umbría,
como una nube de incienso,

surge una virgen fantástica
cuyo suavísimo cuerpo
se adivina vagamente
tras blanco y flotante velo;

sus ojos clava en los míos
y entre las sombras huyendo,
se pierde callada y triste
en el fondo del sendero.

Desde el profundo bosque
llega monótono el eco
de algún lago que suspira
al darle una gota un beso.

Y allá sobre las magnolias,
en el transparente cielo
de la tarde, tiembla y brilla
una lágrima-lucero.

El jardín vuelve a sumirse
en melancólico sueño,
y un ruiseñor dulcemente
gime en el hondo silencio.

Arias tristes (1903)

- 8 -

Mi alma es hermana del cielo
gris y de las hojas secas;
sol enfermo del otoño,
mátame con tu tristeza!

Los árboles del jardín
están cargados de niebla:
mi corazón busca en ellos
esa novia que no encuentra;

y en el sueño frío y húmedo
me esperan las hojas secas:
si mi alma fuera una hoja
y se perdiera entre ellas!

El sol ha mandado un rayo
de oro viejo a la arboleda,
un rayo flotante, dulce
luz para las cosas muertas.

¡Qué ternura tiene el pobre
sol para las hojas secas!
Una tristeza infinita
vaga por todas las sendas,

lenta, antigua sinfonía
de música y de esencias,
algo que dora el jardín
de ensueño de primavera.

Y esa luz de ensueño y oro
que muere en las hojas secas,
alumbra en mi corazón
no sé qué vagas tristezas.

- 9 -

Paisaje dulce: está el campo
todo cubierto de niebla;
ya se han ido lentamente
los rebaños a la aldea.

Es un paisaje sin voces,
triste paisaje que sueña,
con sus álamos de humo
y sus brumosas riberas,

Voy por el camino antiguo
lleno de ramaje y yerba,
sin pisadas, con aroma
de cosas vagas y viejas.

Paisaje velado y lánguido
de bruma, nostalgia y pena:
cielo gris, árboles secos,
agua parada, voz muerta.

Sobre los álamos blancos
de la dormida ribera,
una luna rosa y triste
va subiendo entre la niebla.

- 10 -

Yo no volveré. Y la noche
tibia, serena y callada,
dormirá el mundo, a los rayos
de su luna solitaria.

Mi cuerpo no estará allí,
y por la abierta ventana
entrará una brisa fresca
preguntando por mi alma.

No sé si habrá quien me aguarde,
de mi doble ausencia larga,
o quien bese mi recuerdo
entre caricias y lágrimas.

Pero habrá estrellas y flores
y suspiros y esperanzas,
y amor en las avenidas,
a la sombra de las ramas.

Y sonará ese piano
como en esta noche plácida,
y no tendrá quien lo escuche,
pensativo, en mi ventana.

- 11 -

Alguna noche que he ido
solo al jardín, por los árboles
he visto un hombre enlutado
que no deja de mirarme.

Me sonrío y, lentamente,
no sé cómo, va acercándose,
y sus ojos quietos tienen
un brillo extraño que atrae.

He huido, y desde mi cuarto,
a través de los cristales,
lo he visto subido a un árbol
y sin dejar de mirarme.

Jardines lejanos (1904)

- 12 -

¿Soy yo quien anda esta noche
por mi cuarto, o el mendigo
que rondaba mi jardín
al caer la tarde...?

Miro

en torno y hallo que todo
es lo mismo y no es lo mismo...
¿la ventana estaba abierta?
¿yo no me había dormido?
¿El jardín no estaba blanco
de luna...? El cielo era limpio
y azul... Y hay nubes y viento
y el jardín está sombrío...
Creo que mi barba era
negra... yo estaba vestido
de gris... y mi barba es blanca
y estoy enlutado... ¿Es mío
este andar? tiene esta voz
que ahora suena en mí, los ritmos
de la voz que yo tenía?
Soy yo...? o soy el mendigo
que rondaba mi jardín
al caer la tarde...?

Miro

en torno... Hay nubes y viento...
El jardín está sombrío...
... Y voy y vengo... Es que yo
no me había ya dormido?
Mi barba está blanca... Y todo
es lo mismo y no es lo mismo...

- 13 -

Francina, en la primavera
tienes la boca más roja?
-La primavera me pone
siempre más roja la boca.

-Es que besas más, o es
que las rosas te arrebolan?
-Yo no sé si es mal de besos
o si es dolencia de rosas.

-Y, te gustan más los labios
o las rosas? -Qué te importa...?
la rosa me sabe a beso,
el beso a beso y a rosa.

Entonces le puse un beso
en la rosa de su boca...
La tarde de abril moría,
rosamente melancólica;

las fuentes iban al cielo
con su plata temblorosa...
Francina deshojó a besos
su boca sobre mi boca.

- 14 -

Viento negro, luna blanca.
Noche de Todos los Santos.
Frío. Las campanas todas
de la tierra están doblando.

El cielo, duro. Y su fondo
da un azul iluminado
de abajo, al romanticismo
de los secos campanarios.

Faroles, flores, coronas
– ¡campanas que están doblando! –
...Viento largo, luna grande,
noche de Todos los Santos.

...Yo voy muerto, por la luz
agria de las calles; llamo
con todo el cuerpo a la vida;
quiero que me quieran; hablo
a todos los que me han hecho
mudo, y hablo sollozando,

roja de amor esta sangre
desdeñosa de mis labios.

¡Y quiero ser otro, y quiero
tener corazón, y brazos
infinitos, y sonrisas
inmensas, para los llantos
aquellos que dieron lágrimas
por mi culpa!

...Pero, ¿acaso
puede hablar de sus rosales
un corazón sepulcrado?

– ¡Corazón, estás bien muerto!
¡Mañana es tu aniversario!

Sentimentalismo, frío.
La ciudad está doblando.
Luna blanca, viento negro.
Noche de Todos los Santos

Pastorales (1905)

- 15 -

Mujer, perfúmame el campo;
da a mi malestar tu aroma,
y que se pongan tus manos
entre el tedio de mis rosas.

Olor a carne y romero,
traje blanco y verdes hojas,
ojos negros entre todo
lo que azula y lo que dora!

Y tu risa de amor, y
tus concesiones de novia,
y el bien que siempre me has hecho
con el clavel de tu boca!

Ay, corazón, que mal lates!
oh, mujer, cómo me llora
el alma entre tu fragancia,
cazadora blanca y rosa!

Pero mátame de carne,
que me asesine tu boca,
dardo que huela a tu sangre,
lengua, espada dulce y roja!

Mujer, perfúmame el campo;
da a mi malestar tu aroma,
y que se pongan tus manos
entre el tedio de mis rosas.

- 16 -

Los caminos de la tarde
se hacen uno, con la noche.
Por él he de ir a ti,
amor que tanto te escondes.

Por él he de ir a ti,
como la luz de los montes,
como la brisa del mar,
como el olor de las flores.

- 17 -

Tristeza dulce del campo.
La tarde viene cayendo.
De las praderas segadas
llega un suave olor a heno.
Los pinares se han dormido.
Sobre la colina, el cielo
es tiernamente violeta.
Canta un ruiseñor despierto.
Vengo detrás de una copla
que había por el sendero,
copla de llanto aromada
con el olor de este tiempo;
copla que iba llorando
no sé qué cariño muerto,
de otras tardes de septiembre
que olieron también a heno.

- 18 -

Mi niño se va a dormir
En gracia de la Pastora,
Y por dormirse mi niño
Se duerme la arrulladora.

Canción de madre

Mediodía; sol y risas;
todo el pueblo se ha dormido;
rosas, cielo azul... Las madres
están durmiendo a los niños.

De la sombra de las cosas
vienen cantares dolidos,
cantares que van llorando
no sé qué viejos idilios...

Las palabras de las madres
tienen fragancias y ritmos
de llanto, que nadie sabe
donde los han aprendido.

Son tristezas que se abren
en la sombra, por caminos
que van a morir a un cielo
alegre, rosa y dulcísimo.

son pájaros que se posan
en los ojos de los niños,
sonrisas para sus bocas,
mariposas, lumbres, linos,

ascensiones irisadas
que van a la gloria, ríos
celestes, frondas de oro,
caminitos florecidos....,

yo no sé qué ruiseñores,
qué remansos cristalinos,
¡ay!, no sé qué alas blancas
que saben ir a los lirios...

Pueblo blanco; sol y rosas;
hasta el cielo se ha dormido;
rosas, aire azul.... Las madres
están durmiendo a los niños.

Las hojas verdes (1909)

- 19 -

Otra balada a la luna

C'était, dans la nuit brune,
Sur le clocher jauni,
La lune,
Comme un point sur un i.
Musset

-Heine, Laforgue, Verlaine...-

Luna de mi corazón,
niña blanca, si has nacido en
el Japón,

baja a mis labios tu cara
de flor de almendro, pues eso
lo necesito yo para
darte un beso.

Háblame tú con tu voz
de musmé fresca y gentil,
luna de nardo, de arroz
y marfil!

Y si fueres por tu cuna
noble y plácida princesa,
cásate conmigo, luna
japonesa!

Estás desnuda, o te endiosa
un velo blanco de tul?
Y tu carne, luna, es rosa
o es azul?

Eres pagana, o qué eres?
Di, qué has oído, qué has visto?
También turbó tus placeres
Jesucristo?

Va algún alma eterna en ti
a los parques de la cita?
Y tu hermana Ofelia? Di,
Margarita...

Te has muerto acaso? Estás yerta?
Se enredó un nombre a tu boca?
Di, luna mía, estás muerta,
o estás loca?

Tú, que entre la noche bruna,
en una torre amari-
lla, eres como un punto, oh, luna!
sobre una i;

tú, ladrada de los perros,
lámpara azul del amor,
tú, que dorabas los cerros
al pastor;

tú, Selene, tú, Diana,
urna de melancolía,
que te vaciarás mañana
sobre el día;

deja en mi frente tu estela,
o, como una mariposa,
desde tu magnolia, vuelas
a mi rosa!

Luna, desde mi balcón
de florecidos cristales,
te mando este corazón
de rosales!

Sé mi novia, soberana
ciega, romántica muda,
tú que eres triste, liviana
y desnuda!

Emperatriz de jazmines,
bella sin años contados,
alma sin cuerpo, en jardines
estrellados!

Oh, rosa de plata! Oh, luna!
Aldea blanca y en calma,
sé el hogar y la fortuna
de mi alma!

- 20 -

Cuarto

¡Qué quietas están las cosas
y qué bien se está con ellas!
Por todas partes sus manos
con nuestras manos se encuentran.

¡Cuántas discretas caricias,
qué respeto por la idea;
cómo miran estasiadas,
el ensueño que uno sueña!

¡Cómo les gusta lo que a uno
le gusta; cómo se esperan,
y, a nuestra vuelta, qué dulces
nos sonríen, entreabiertas!

¡Cosas -amigas, hermanas,
mujeres-, verdad contenta,
que nos devolvéis, celosas,
las más fugaces estrellas!

Elegías (1908)

- 21 -

He jugado contigo, dolor, y bien merezco
que un corazón vestido de verde me maltrate...
Me adornabas con rosas tristes, y hoy me parezco
a ti, en lo desdeñado, en lo gris y en lo mate.

Dolor, estás en mí y estoy en ti, como algo
frío y mustio, como un jardín negro de invierno...
ni sé ya lo que vales, ni ya sé lo que valgo,
pero sé que serás tenebroso y eterno!

- 22 -

¡Qué triste estoy sin mí! ¡Aquel ramo de rosas
que fue mi corazón, por qué se ha deshojado?
poeta melancólico, amigo de las diosas,
una rama de espinas es lo que te ha quedado.

¿Y en este naufragio quieres aguardar días
de oro y de carne rosa? ¿No ves en ti al invierno
helar con la llovizna de sus cenizas frías
aquel jardín florido que vino de lo eterno?

- 23 -

Mujer, abismo en flor, maldita seas! Rosa
de filo, espada tierna, fontana de letargo;
con qué nos muerde, lirio, tu seda? Cómo, diosa,
haces lo negro de oro y haces dulce lo amargo?

Yo iba cantando, un día, por la pradera de oro,
Dios azulaba el mundo y yo era alegre y fuerte;
tú estabas en la hierba, me abriste tu tesoro,
y yo caí en tus rosas y yo caí en la muerte!

Ay! cómo das la sombra entre tus labios rojos,
mujer, mármol de tumba, lodo abierto en abrazos?
Tú que pones arriba el cielo de tus ojos,
mientras nos enloquece la tierra de tus brazos!

Baladas de primavera (1910)

- 24 -

Balada de la mañana de la cruz

Dios está azul. La flauta y el tambor
anuncian ya la cruz de primavera.
Vivan las rosas, las rosas del amor
entre el verdor con sol de la pradera!

Vámonos, vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...

Si yo le digo: no quieres que te quiera?,
responderá radiante de pasión:
cuando florezca la cruz de primavera
yo te querré con todo el corazón!

Vámonos, vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...

Florecerá la cruz de primavera,
y le diré: ya floreció la cruz.
Responderá: ... tú quieres que te quiera?,
y la mañana se llenará de luz!

Vámonos, vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor.

Flauta y tambor sollozarán de amores,
la mariposa vendrá con su ilusión...
Ella será la virgen de las flores
y me querrá con todo el corazón!

- 25 -

Andando (sueño)

Andando, andando;
que quiero oír cada grano
de la arena que voy pisando.
Andando, andando;

dejad atrás los caballos,
que yo quiero llegar tardando
-andando, andando-,
dar mi alma a cada grano
de la tierra que voy pisando.

Andando, andando.
¡Qué dulce entrada en mi campo,
noche inmensa que vas bajando!

Andando, andando.
Mi corazón ya es remanso;
ya soy lo que me está esperando
-andando, andando-,
y mi pie parece, cálido,
que me está el corazón besando.

Andando, andando;
¡que quiero ver todo el llanto
del camino que estoy cantando!

La soledad sonora (1911)

- 26 -

Le he puesto una rosa triste
a la flauta melancólica:
cuando cante, cantará
con música y con aroma.

Tendrá una voz de mujer,
vacilante, arrulladora,
plata con llanto y sonrisa,
miel de mirada y de boca.

Y será cual si unos dedos
finos jugasen con sombra
por los leves agujeros
de la caña melodiosa...

Tonada que nunca llega,
oída una tarde en la fronda,
tonada que iba a cogerse
y que huía entre las hojas!

Para ver si no se iba,
la engañé con una rosa:
cuando llore, llorará
con música y con aroma.

- 27 -

Quería decir un nombre
la música de mi flauta...
No pudo.

La tarde iba
rosando las verdes ramas...

Un nombre de un cuerpo blanco,
coronado de esperanzas,
que holló las orillas verdes
unas tardes ya lejanas;

nombre suave, que era el nombre
sosegado de mi alma,
que en una palabra unía
todas las gratas palabras...

Hablaba el dulce verdón
no sé qué... Por la cañada
se iba riendo el arroyo
a la sombra de las zarzas;

un olor a rosa humilde
ungía la tarde clara;
me dolía el corazón
como si me lo rasgaran...

La mariposa era un nombre,
un nombre llevaba el agua,
flotaba un nombre en el sol,
un nombre el verdón cantaba...

Quería decir un nombre
la música de mi flauta...
No pudo.

La tarde iba
sangrando las verdes ramas...

- 28 -

De tu lecho alumbrado de luna, me venían
no sé qué olores tristes de deshojadas flores...
heridas por la luna, las arañas reían
ligeras sonatinas de lívidos colores...

Se iba por los espejos la hora amarillenta...
frente al balcón abierto, entre la madrugada,
tras la suave colina verdosa y soñolienta,
se ponía la luna, grande, triste, dorada...

La brisa era infinita. Tú dormías, desnuda...
tus piernas se enlazaban en cándido reposo,
y tu mano de seda, celeste, ciega, muda,
tapaba, sin tocarlo, tu sexo tenebroso...

Poemas mágicos y dolientes (1911)

- 29 -

Primavera amarilla

Abril venía, lleno
todo de flores amarillas:
amarillo el arroyo,
amarillo el vallado, la colina,
el cementerio de los niños,
el huerto aquel, donde el amor vivía.

El sol unguía de amarillo el mundo,
con sus luces caídas;
¡ay, por los lirios áureos,
el agua de oro, tibia;
las amarillas mariposas
sobre las rosas amarillas!

Guirnaldas amarillas escalaban
los árboles; ¡el día
era una gracia perfumada de oro,
en un dorado despertar de vida!
Entre los huesos de los muertos
abría Dios sus manos amarillas.

- 30 -

¡Impenetrable es tu frente, cual un muro!
Tan cerca de los ojos, ¿cómo retiene preso
tu pensamiento?, ¿cómo su recinto es oscuro
bajo el cabello de oro, sobre el radiante beso?

Con la movilidad mágica de tus ojos,
la fijeza de dardo de los míos esquivas;
a veces, brillan dentro como ponientes rojos,
a veces, como rápidas estrellas pensativas...

¡Mujer, que yo lo vea! Libra de sus penas
dudas a esta constante nostalgia de mis penas;
¡quiero saber si tu alma es un jardín de rosas,
o un pozo verde, con serpientes y cadenas!

Hoz de oro, la luna hirió el cielo violeta...

Una brisa nocturna erraba, viva y fresca;
Francina iba desnuda, delicada, opulenta;
su cuerpo blanqueaba con esplendor de estrella;
y, en su nitidez mate -nardo, jazmín, camelia-,
se apretaba, soñando, contra las cosas bellas,
como si, en sus presagios estivales, quisiera
poner en su alma vaga el alma eterna de ellas...

Hoz de oro, la luna hirió el cielo violeta...

De luna era la fuente, de cielo y de tristeza;
huía la avenida al reino de la niebla;
Francina iba desnuda; los lirios, las violetas
nevaban más, con su morada soñolencia,
la molicie sensual de su frescura egregia;
y miraba, perdidamente, a las estrellas,
y comparaba sus blancuras con la de ella...

Hoz de oro, la luna hirió el cielo violeta...

¡Oh, en el hondo crepúsculo, Francina y las
estrellas!

¡Desnudez de cristal y desnudez de tierra!

¡Venus caída al mundo, Francina que se queda
prendida, en un anhelo, en el cielo violeta!

... Y un olor esparcido y errante, que recuerda,
el olor indecible de un agua que se fuera,
entre rosas sonámbulas, por prados de leyenda...

Hoz de oro, la luna hirió el cielo violeta...

Arte menor (h. 1909)

- 32 -

Señor, matadme, si queréis...
¡Pero, Señor, no me matéis!
¡Oh, Señor!, por el sol sonoro,
por la mariposa de oro,
por la rosa y por el lucero,
por los vilanos del sendero,
por el trino del ruiseñor,
por los naranjales en flor,
por la perlería del río,
por el dulce pinar umbrío,
por los suaves labios rojos
de ella, y por sus grandes ojos;
¡Señor, Señor, no me matéis!
Pero, matadme, si queréis...

- 33 -

El pajarito verde

No recuerdo...
Ya no viene el cavador
que cavaba en el venero.
No recuerdo...
Sobre la mina han caído
mil siglos de suelos nuevos.
No recuerdo...
El mundo se acabará.
No se encontrará el secreto.

- 34 -

Un amiguillo

-Pí. Sobre la roja rama
salta el leve pajarillo;
tiene en el pecho la llama,
el estribillo, amarillo.

Amarillo como el sol
fino que bruñe la fronda,
el violento jirasol
y la traspasada onda.

El ambiente es de elejía,
hiriente el ocaso. Y,
corta de melancolía,
insiste la queja: -Pí.

y 2

-Pajarillo, mi alma tiene
el ansia de tu paisaje,
te oye, y tras de ti, se viene
a tu secreto paraje.

En el inflamado oro
de nuestro instante, la vida
se encierra como un tesoro
al que se entra por la herida.

Que me responda tu pío.
Dime que sí. -Pí. -Que sí.
¡Acompáñame el hastío!
¿Vas a ser mi amigo? -Pí.

(1906, Moguer)

Poemas agrestes (1910-1911)

- 35 -

La flor solitaria

No vienen en tu busca, pobre flor solitaria;
-y, sin embargo, eres más bella que la rosa
pregonadora, que la mano partidaria
del destino abrió altiva, visible y victoriosa-

Oyes, solo, en tu olvido, la verdad de la fuente,
que, cantándote amor, te vuelve sobre el cielo,
el verderón te cerca de un misterio elocuente,
la mariposa para por ti su blanco vuelo...

Y nadie sabe, flor, el encanto bendito
de tu soledad única, estasiada y divina,
cuando, a una brisa de oro, teñida de infinito,
el sol se va ocultando tras tu verde colina.

- 36 -

Granado el oro, está la espiga, al día claro,
encendiendo en la luz su apretado tesoro;
pero se pone triste, y, en un orgullo avaro,
derrama por la tierra, descontenta, su oro.

De nuevo se abre el grano rico en la sombra amiga
-cuna y tumba, almo trueque- de la tierra mojada,
para surgir de nuevo, en otra bella espiga
más redonda, más firme, más alta y más dorada.

Y... ¡otra vez a la tierra! ¡Anhelo inestinguible,
ante la norma única de la espiga perfecta,
de una suprema forma, que eleve a lo imposible
el alma, ¡oh poesía!, infinita, áurea, recta!

- 37 -

El viaje definitivo

... Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco.

Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.

Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y
encalado,
mi espíritu errará, nostálgico...

Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.

Laberinto (1913)

- 38 -

Carta a Georgina Hübner en el cielo de Lima

... Pero a qué le hablo a usted de mis pobres cosas melancólicas; a usted, a quien todo sonrío?
... con un libro en la mano, ¡cuánto he pensado en usted, amigo mío!
... Su carta me dio pena y alegría; ¿por qué tan pequeñita y tan ceremoniosa?

(Cartas de Georgina al poeta.-Verano de 1904.)

El cónsul del Perú me lo dice: «Georgina
Hübner ha muerto»...

¡Has muerto! ¿Por qué? ¿cómo? ¿qué día?

¿Cual oro, al despedirse de mi vida, un ocaso,
iba a rosar la maravilla de tus manos
cruzadas, dulcemente, sobre el parado pecho,
como dos lirios malvas de amor y sentimiento?

... Ya tu espalda ha sentido el ataúd blanco,
tus muslos están ya para siempre cerrados,

en el tierno verdor de tu reciente fosa
el sol poniente inflamará los chuparrosas...
¡ya está más fría y más solitaria La Punta
que cuando tú la viste, huyendo de la tumba,
aquella tarde en que tu ilusión me dijo:
«¡Cuánto he pensado en usted, amigo mío!»...

¿Y yo, Georgina, en ti? Yo no sé cómo eras...
¿morena? ¿casta? ¿triste? ¡Sólo sé que mi pena
parece una mujer, cual tú, que está sentada,
llorando, sollozando, al lado de mi alma!

Sé que mi pena tiene aquella letra suave
que venía, en un vuelo, a través de los mares,
para llamarme «amigo»... o algo más... no sé... ¡algo
que sentía tu corazón de veinte años!

-Me escribiste: «Mi primo me trajo ayer su libro»...
-¿Te acuerdas?- y yo, pálido: -«¿Pero... usted tiene
un primo?»-

Quise entrar en tu vida y ofrecerte mi mano
noble cual una llama, Georgina... En cuantos barcos
salían, fue mi loco corazón en tu busca...
¡yo creía encontrarte, pensativa, en La Punta,
con un libro en la mano, como tú me decías,
soñando, entre las flores, encantarme la vida!...

Ahora, el barco en que iré, una tarde, a buscarte,
no saldrá de este puerto, ni surcará los mares,
irá por lo infinito, con la proa hacia arriba,
buscando, como un ángel, una celeste isla...
¡Oh, Georgina, Georgina! ¡qué cosas!... mis libros
los tendrás en el cielo, y ya le habrás leído
a Dios algunos versos... tú hollarás el poniente
en que mis pensamientos dramáticos se mueren...
desde ahí, tú sabrás que esto no vale nada,
que, salvado el amor, lo demás son palabras...

¡El amor! ¡el amor! ¿Tú sentiste en tus noches
el encanto lejano de mis ardientes voces,
cuando yo, en las estrellas, en la sombra, en la brisa,
sollozando hacia el sur, te llamaba: ¿Georgina?
¿Una onda, quizás, del aire que llevaba
el perfume inefable de mis vagas nostalgias,
pasó junto a tu oído? ¿Tú supiste de mí
los sueños de la estancia, los besos del jardín?

¡Cómo se rompe lo mejor de nuestra vida!
Vivimos... ¿para qué? para mirar los días
de fúnebre color, sin cielo en los remansos...
¡para tener la frente caída entre las manos!
¡para llorar, para anhelar lo que está lejos,
para no pasar nunca el umbral del ensueño,
ah, Georgina, Georgina! ¡para que tú te mueras
una tarde, una noche... y sin que yo lo sepa!

El cónsul del Perú me lo dice: «Georgina
Hübner ha muerto»...

Has muerto. Estás, sin alma, en Lima,
abriendo rosas blancas debajo de la tierra...

Y si en ninguna parte nuestros brazos se encuentran,
¿qué niño idiota, hijo del odio y del dolor,
hizo el mundo, jugando con pompas de jabón?

- 39 -

A Antonio Machado

¡Amistad verdadera, claro espejo
en donde la ilusión se mira!
... Parecen esas nubes
más bellas, más tranquilas...
Antonio, siento en esta tarde ardiente
tu corazón entre la brisa...

La tarde huele a gloria;
Apolo inflama fraternales lirás
en un ocaso musical de oro
como de mariposas encendidas...
lirás sabias y puras,
de cuerdas de ascuas líquidas,
que guirnaldas de rosas inmortales
decorarán, un día.

Sí. ¡Amistad verdadera,
eres la fuente de la vida!
... la fuente que a los prados de la muerte
les lleva florás pensativas
en la serena soledad undosa
de sus corrientes amarillas...

Antonio, ¿sientes esta tarde ardiente
mi corazón entre la brisa?

- 40 -

Olor de jazmín

¡Qué tristeza de olor de jazmín! El verano
torna a encender las calles y a oscurecer las casas,
y, en las noches, regueros descendidos de estrellas
pesan sobre los ojos cargados de nostalgia.

En los balcones, a las altas horas, siguen
blancas mujeres mudas, que parecen fantasmas;
el río manda, a veces, una cansada brisa,
el ocaso, una música imposible y romántica.

La penumbra reluce de suspiros; el mundo
se viene, en un olvido mágico, a flor de alma;
y se cojen libélulas con las manos caídas,
y, entre constelaciones, la alta luna se estanca.

¡Qué tristeza de olor de jazmín! Los pianos
están abiertos; hay en todas partes miradas
calientes... Por el fondo de cada sombra azul,
se esfuma una visión apasionada y lánguida.

Melancolía (1912)

- 41 -

Dedicatoria a la melancolía

...Au coucher du soleil, si ton âme attendrie
tombe en une muette et molle rêverie...

André Chénier.

Tú que en el parque mustio, frente a los soles rojos
que empurpuran de luz tu altivo desconsuelo,
hastada y delirante, pierdes tus grandes ojos
tras las bandadas que se alejan por el cielo...

O que, pálida y dulce, con un libro en la mano,
caminas lentamente por la seca avenida,
y buscas en la rosa postrera del verano
el sentido profundo y eterno de la vida...

Divina mujer triste! Al lado de la fuente,
soñando con tus brazos, mi corazón te espera...
no seas la ilusión que vuela de la frente,
sino la realidad constante y verdadera!

- 42 -

Brumoso, en elegante languidez, se copiaba
el cielo violeta en la roja caoba;
dentro, lo gris tenía carne y seda encendidas;
en la tarde venían fragancias de mimosas...

Un afán imposible de lujos sensuales
llevaba, entre visiones, al alma melancólica,
... afán de llegar pronto... o de no llegar nunca...
a no sé dónde... para qué!... a no sé qué hora...

La felicidad iba -mas sin decirme nada-
al lado mío... Era de no sé quién... La sombra
del crepúsculo suave le florecía el sueño,
y me miraba, largamente, entre sus rosas...

Poemas impersonales (1911)

- 43 -

Melancolía

A Keats

...Then glut thy sorrow on a
morning rose, or on the rainbow
of the salt sand-wave...
(KEATS: Ode on Melancholy.)

¿Y en dónde, dulce Keats, está la rosa
de la aurora, la rosa
para hartarme la pena?
¿En dónde el arco iris de la salada ola de arena?

¡Melancolía, luna llena
de este vano desierto
seco y verde!

¡Donde el olor que vuelve a darme la azucena
que mi memoria poco a poco pierde,
huele, en su luz, a yerto!

¿Es sueño, es cierto, esta melancolía,
que ya sabe que no tendrá otra hora,
su gris unanimidad fría,
que no tendrá, que no tendrá la aurora
que le rinda tu rosa soñadora,
ni la brisa
que le traiga tu arco iris de oro y risa?

Obliga tú, Keats pálido, con tu lira la mano
de Dios y haz que me abra
bien, bien los ojos estos
que de la rosa ven el iris solamente
de tu fresca palabra
en los surcos funestos
de mi frente.

- 44 -

A la luna del arte

(... Después de tan bien servida
la corona de su rey
verdadero...

D. J. MANRIQUE)

Sun of the Sleepless!

(LORD BYRON)

Te he dado, sol insomne, latido por latido,
todo mi corazón. Tu corona luciente,
como vasallo fiel y noble, la he servido
bien. No me quedan armas que ofrecerte, ni jente.

Tú, en cambio, como pago de esta servidumbre,
que no aprisiona, ni entristece, ni degrada,
me has concedido, reina, la divina costumbre
de tener, como tú, el alma desvelada.

Cuando venga la muerte a llamar a mi puerta,
encontrará en mi choza, entre hojarasca, un leño.
¡Sí, mi fragancia huele ya en lo azul de tu huerta.
Mi canción es ya eterno ruiseñor de tu ensueño!

A un poeta (para un libro no escrito)

Creemos los nombres.

Derivarán los hombres.
Luego, derivarán las cosas.
Y sólo quedará el mundo de los nombres,
letra del amor de los hombres,
del olor de las rosas.

Del amor y las rosas,
no ha de quedar sino los nombres.
¡Creemos los nombres!

Historias (1908-1912)

- 46 -

La carbonerilla quemada

-En la siesta de julio, ascua violenta y ciega,
prendió el horno las ropas de la niña. La arena
quemaba cual con fiebre; dolían las cigarras;
el cielo era igual que de plata calcinada.
...Con la tarde, volvió -¡anda, potro!- la madre.
El pinar se reía. El cielo era de esmalte
violeta. La brisa renovaba la vida...
La niña, rosa y negra, moría en carne viva.
Todo le lastimaba. El roce de los besos,
el roce de los ojos, el aire alegre y bello:
-«Mare, me jeché arena sobre la quemaúra.
Te yamé, te yamé dejde er camino... ¡Nunca
ejtubo ejto tan zolo! Laj yama me comían,
mare, yo te yamaba, y tú nunca benía!»

Por el camino -¡largo!- sobre el potrillo rojo,
murió la niña. Abiertos, espantados, sus ojos
eran como raíces secas de las estrellas.
La brisa jugueteaba, ensombrecida y fresca.
Corría el agua por el lado del camino.
Ondulaba la yerba. Trotaban los pollinos,
oyendo ya los gritos de los niños del pueblo...
Dios estaba bañándose en su azul de luceros.

- 47 -

Igual que una magnolia
tronchada es tu cabecita helada.
Cual los azucenones por abril,
con la muerte has crecido, en una trájica
primavera de nieve.

-Todo te está más corto...-
Y en la candida
caja, falso regazo de celindas,
yaces, como pintada
-un carbón de no sé qué pintor triste-;
¡ay, solo negra y blanca!

... Di, ¿por qué te deshaces,
porvenir de belleza, que ya estabas
en la ilusión del mundo?
¡Forma en ruinas, ruina de la esperanza!

... Solo un hálito errante
de descomposición ahogada
por esencias agudas...
Solo un albo silencio,
unas horas más largas,
que tornarán a ser
cual las otras, mañana...
¡Y tú, fría, tendida,
apagada, borrada!...

Luna caída, dime:
si no es el alma, ¿qué es lo que te falta?

Libros de amor (1911-1912)

- 48 -

(Marthe)

En la tarde de lluvia, primaveral y sola,
que ponía las rosas pesadas con sus perlas,
entre la risa familiar, en la terraza,
te burlabas de mí, fantástica y perversa.

Andabas como yo, te empinabas lo mismo
que yo diciendo versos... Tu gracia francesa era
de un encanto tan grande, que yo me desdeñaba
también, perdido, absorto en tu farsa traviesa.

De vez en cuando, en un jesto rápido y único,
que me tornaba náufrago de tu hermosura tierna,
tras una agudizada sonrisa, me quitabas
todo lo hecho con una mirada seria...

-Del otro parque, en la suntuosidad lila
del crepúsculo igual, una voz limpia y llena
colmaba de su plata apasionada todo
el jardín silencioso, fino de hojitas nuevas.

Y los trajes lijeros, hijos del paisaje
mate, daban a la hora un contajio de eterna
fugacidad sin nombre, que después volvería
a la nostalgia, como una belleza en pena-

¡Oh, cosas que pasaron; que no hicieron camino
por nuestro corazón!... ¿Qué mudez, verdadera,
qué mirar de verdad, y a quién, Marthe, darás
esta tarde española de primavera fresca?

- 49 -

Hermana: Deshojábamos nuestros cuerpos ardientes
en una profusión sin fin y sin sentido...
Era otoño y el sol -¿te acuerdas?- endulzaba
tristemente la estancia de un fulgor blanquecino...

Luego -los ojos grandes, rojos como carbones-
te arreglabas la toca, el velo... y sin ruido
te ibas como una sombra, a la capilla aquella
perdida entre opulentos rosales amarillos...

Venían días tristes en que te recojías...
mi amor se hacía más inmenso y más sombrío
y cuando tú surjías, más pálida que el agua,
encontrabas mi pecho como un pájaro el nido...

Te creías que Dios te miraba... En las tardes
de huracán y tormenta, temblorosa de frío,
te ibas por los claustros, pegada a las paredes,
el corazón sin alas como un niño perdido.

- 50 -

Sus pechos blancos eran pequeños y distantes
pero duros, lo mismo que dos pechos de piedra;
los pezones agudos, rosas, se levantaban
con una gracia inesperada, alegre y fresca.

Cabían en el hueco de mis sedientas manos...
y aquel otoño frío de horas amarillentas
entibieron mi vida estéril, como blancos
corazones de una mustiada primavera...

Eran la permanencia de un abril retardado,
en el cuerpo marchito y débil de su dueña...
olían como rosas de un cementerio alegre,
al lado de unos brazos que sabían a tierra...

La frente pensativa (1912)

- 51 -

Canción de otoño

Por un camino de oro van los mirlos... ¿Adónde?
Por un camino de oro van las rosas... ¿Adónde?
Por un camino de oro voy... ¿Adónde,
otoño? ¿Adónde, pájaros y flores?

- 52 -
Canción de invierno

Cantan. Cantan.
¿Dónde cantan los pájaros que cantan?

Ha llovido. Aún las ramas
están sin hojas nuevas. Cantan. Cantan
los pájaros. ¿En dónde cantan
los pájaros que cantan?

No tengo pájaros en jaulas.
No hay niños que los vendan. Cantan.
El valle está muy lejos. Nada...

Yo no sé dónde cantan
los pájaros -cantan, cantan-,
los pájaros que cantan.

Domingos (1911-1912)

- 53 -

Inverosimilitud

Sí, la inactualidad. Vivir siempre una vida
de después o de nunca, poniente de este puerto.

Amor en ropas y costumbres venideras.
Sentido diferente, más allá, de los besos.
Salidas lívidas, en madrugadas de lluvia,
de bailes de ciudades que aún no están en el tiempo.
Retornos con mujeres sin nacer aún -¿qué muelles?-,
en el sol amarillo de ¿qué tardes de invierno?
Suspiros dobles al jardín, por galerías
que aún son peña, en el canto de alondras que aún son sueños.
Veladas pensativas bajo ¿qué nuevas lámparas?
que encenderán, para otros ojos, otros dedos...

Sí, la inactualidad. Vivir siempre una vida
de después o de nunca, agua de este desierto.

- 54 -

La madre

El oleaje de lo ignoto, hijo,
te trae y lleva, mar sin fin.
¿Dónde, por fin, te dejará?

¿Te reclaman allí, otra alma mía,
con tanto afán
como aquí yo; dudan llorando,
como yo allí, si tú te quedarás
aquí, por fin y siempre?
¡Oh, mar;
cójeme a mí también, y déjame,
con él, aquí o allá!

El corazón en la mano (1911-1912)

- 55 -

Gracias, amor, por esta serena desventura.
¡Qué bien hallado estoy con mi desesperanza!
-¡Cuán fácilmente, en ella, vuela mi nave pura!-
¡Oh, qué mar tormentosa tan llena de bonanza!

¿Dónde la pasión loca se ha sepultado? Todo,
desde que la aulaga ha clavado su espina
en mi ilusión, parece, riendo, de otro modo:
¡la noria, tan alegre; tan verde la colina!

... Pero un remordimiento de mi misma tristeza
lo anega todo, a veces, en olas de quebranto.
Siento que mi dolor me toca de belleza,
¡y me apenumbro de esta felicidad de llanto!

- 56 -

Como una blanca rosa, a la que el viento arranca
la esencia y, sin embargo, no pierde su existencia;
entre el jardín profuso de mis tristezas, blanca,
mi alma perfuma el mundo sin consumir su esencia.

Rosa blanca, alma mía; ¿qué misterio mantiene
la gracia renovada de tu esencia infinita?
¿Una raíz de amor y de esperanza tiene
bajo tu cáliz puro la eternidad bendita?

¿Es el seno materno que nutre tu esperanza
la misma gloria a que suspira tu perfume?
¿Estás entre dos glorias; esa que no se alcanza,
y esa, quizás la única, que nunca se consume?

Bonanza (1912)

- 57 -

Belleza cotidiana -amor tranquilo,
¡qué bella eres ahora!

¡Sí, en todo vives tú! ¡Mata que fue
esqueleto sin luz, hoy todo es rosas;
vereda que te ibas, como el enterrador
al cementerio, por la gavia roja y apestosa
de perros muertos y de almejas malas;
cómo vienes a mí,
clara, saltona
igual que un niño! Agua muda y verde
de mis penas, hoy límpida y sonora
de mi alegría, ¿qué ruedas de oro y plata
le das a mi ventura misteriosa?
Y me iré -aurora hermosa y triste-
hacia más plenitudes. Pero toda
mi vida vieja será ya columna de ascua
-cual la palmera de Moguer,
sobre el poniente con la gloria-,
seguro, en lo mejor, de que tú estabas,
¡de que puedes estar,
cual Dios, yo niño, estuvo en cada cosa!

- 58 -

¡Cómo sangra la herida
que me han abierto todos!

Mas pienso en tí, Señor,
la sangre se hace de oro
bajo la mano y hallo rosas
tibias en vez de abrojos...

Tú me dices que pague
con bien el mal, pago, te oigo,
y abro un dulce sonreír
en los labios del odio,
mi cólera incendiada
con lágrimas sofoco...
Me hago más dulce, cada vez, más suavemente melancólico...

Pero... ¿y si fuera un sueño,
Señor, tu vida?

¿Si yo sólo
pusiera la mejilla
para las bofetadas? ¿Si este oro,
que cuando pienso en ti dejo en mi sangre,
en vez de un cielo azul hallara el lodo?

¡Oh, sostenme ilusión! ¡Quiero ser bueno!
¡Hazte verdad para mí solo.

Pureza (1912)

- 59 -

No es amor, no es amor el tuyo,
ser que mueves nuestras vidas;
no es amor este estar a tu merced
sin admitir reproche.
Yo no quiero ser tierra
-no es amor, no es amor-;
lo grito, ciego, al aire puro
y tu respuesta no me llega
y el aire me devuelve el pobre grito
seco ya de esperar, sin el rocío
alto de tu palabra.
¡Yo no quiero ser tierra!

- 60 -

Nocturno (ciudades)

¡Anda, cielo, dime que sí!

El cielo,
como una adolescente enamorada,
dejándome su mano entre las mías,
dice que sí y que no con sus estrellas.
-Y se sonríe y llora,
mostrándome la espléndida hermosura
de la inseguridad.-

¡Oh, qué duda, qué afán, qué insomnio,
este no abandonar mi ilusión bella,
este no querer más que esperar, loco,
este no saber nada de las rosas
de la futura primavera;
de este presente casi cierto!

¡Y pasan noches, noches, noches,
sin dormir, yo, saliendo
yo, desvelado, a ver el cielo
verde de madrugada; estático, esperando
el sí tuyo a mi alma!

El silencio de oro (1911-1913)

- 61 -

La hermosura de la tarde
me ha herido en el corazón.
¡No puedo más. Aquí estoy,
caído, muerto de amor!

Mi sangre se une a la sangre
de un ocaso de pasión.
¡No puedo más. Aquí estoy
-no estoy- muerto de amor!

- 62 -

Aunque se tenga todo, ya,
aunque nada se pierda,
¿ qué es, otoño divino, lo que ofreces,
qué, di, lo que te llevas?

La luz en la hoja última
es no sé qué promesa
y qué amenaza dulce.
Ha sido nuestra y va a ser nuestra.

Otoño fiel, pasado bello
o bello porvenir, tristeza
de una alegría que se fue
... o que quizás no venga.

(1917).

Monumento de amor (1913-1916)

- 63 -

Sin ti nada es la vida.
Estoy mirando
el sol y vibra sin sentido;
el campo verde y oro
es fúnebre y vacío.
Estoy mirando el cielo azul
y me parece absurdo y aburrido.
¡Ay, sólo tú, divina, humana,
lo eres todo!
Tranquilo,
sobre tu corazón, yo dejaría
el mío
y hoy, que no estás aquí,
jadea, ardiente y triste, como un perro
perdido...

No supe lo que eras
hasta que huiste. Lírico
era, contigo, el tiempo,
el aire cristalino
corría todo lleno, ante tus ojos de oro,
en claro ilusionismo...
¿Nostalgias o demencias?
Te has ido, sí, te has ido.
Ni la flor tiene aroma
ni trino el pajarillo,
ni castidad la nube,
ni miel la fruta, ni frescura el río...

Como en un viernes santo perdurable
la muerte viva tiende un velo umbrío
sobre la soledad crucificada
del campo florecido.
Quieto, mudo, doliente,
clavado estoy en este laberinto.
Ciego, no sé tomar
ningún camino.

Y solo espero el sueño que no acaba
para acabar con este escalofrío.

- 64 -

Zenobia

Me he convertido a tu cariño puro
como un ateo a Dios.
¿Lo otro, qué vale?
Como un pasado oscuro y andrajoso
puede todo borrarse.

¡Borrarse, sí! Las rimas bellas
que no cantan tu amor; sus matinales
alegrías sin ti; sus tardes líricas
en cuya paz no me miraste;
las noches cuya clara luna llena
no deslumbró tu candoroso ángel.

El cielo de tu gracia
será el comienzo y el final. En balde
quieren los lobos asaltar la cerca
en donde tus ovejas blancas pacen.
No quiero más que un oro y es el oro
que emanan tus sentidos inmortales.

¡Solo tú, solo tú! Sí, solo tú.
Yo no he nacido, ni he de morir. Ni antes
ni después era nada, ni sería
nada yo sino en ti.

Y los rosales
que has colgado en mi alma -¡con qué encanto!-
a este sol viejo y nuevo me entreabren
sus rosas en que el cielo se repite
cándido y múltiple en sus cálices.

Sonetos espirituales (1917)

- 65 -

Nada

A tu abandono opongo la elevada
torre de mi divino pensamiento;
subido a ella, el corazón sangriento
verá la mar, por él empurpada.

Fabricaré en mi sombra la alborada,
mi lira guardaré del vano viento,
buscaré en mis entrañas mi sustento...
Mas ¡ay! ¿y si esta paz no fuera nada?

¡Nada, sí, nada, nada!... -O que cayera
mi corazón al agua, y de este modo
fuese el mundo un castillo hueco y frío...-

Que tú eres tú, la humana primavera,
la tierra, el aire, el agua, el fuego, ¡todo!,
...¡y soy yo sólo el pensamiento mío!

- 66 -

A mi alma

Siempre tienes la rama preparada
para la rosa justa; andas alerta
siempre, el oído cálido en la puerta
de tu cuerpo, a la flecha inesperada.

Una onda no pasa de la nada,
que no se lleve de tu sombra abierta
la luz mejor. De noche, estás despierta
en tu estrella, a la vida desvelada.

Signo indeleble pones en las cosas.
Luego, tornada gloria en las cumbres,
revivirás en todo lo que sellas.

Tu rosa será norma de las rosas,
tu oír de la armonía, de las lumbres
tu pensar, tu velar de las estrellas.

- 67 -

Octubre

Estaba echado yo en la tierra, enfrente
del infinito campo de Castilla,
que el otoño envolvía en la amarilla
dulzura de su claro sol poniente.

Lento, el arado, paralelamente,
abría el haza oscura, y la sencilla
mano abierta dejaba la semilla
en su entraña partida honradamente.

Pensé arrancarme el corazón y echarlo,
pleno de su sentir alto y profundo,
al ancho surco del terruño tierno;

a ver si con romperlo y con sembrarlo
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.

- 68 -

PRIMAVERA

Abril, sin tu asistencia clara, fuera
invierno de caídos esplendores;
mas aunque abril no te abra a ti sus flores,
tú siempre exaltarás la primavera.

Eres la primavera verdadera;
rosa de los caminos interiores,
brisa de los secretos corredores,
lumbre de la recóndita ladera.

¡Qué paz, cuando en la tarde misteriosa,
abrazados los dos, sea tu risa
el surtidor de nuestra sola fuente!

Mi corazón recojerá tu rosa,
sobre mis ojos se echará tu brisa,
tu luz se dormirá sobre mi frente

Estío (1916)

- 69 -

EL IMPULSO

Subes de ti misma,
como un surtidor
de una fuente.

No

se sabe hasta donde
llegará tu amor,
porque no se sabe
dónde está el venero
de tu corazón.

- 70 -

¿El cuerpo tiene más hambre,
o el alma?... ¿Y de qué? Si hago
el gusto del cuerpo, el alma
es la que ansía... ¿qué? Si, harto,
hago lo que el alma quiere,
anhela el cuerpo... ¿qué? Hastiado
el cuerpo, el alma es de oro;
el alma, el cuerpo es el áureo.
¡Amor del alma y del cuerpo!
¡Cuándo ¡ay! llegará, cuándo,
la luna de miel eterna
de los dos enamorados!

- 71 -

No os quitéis la pasión
del momento. Que el grito
de la sangre en los ojos
os rehaga el sentido
tierra, un punto, de fuego
sólo, sobre el sol ígneo.

¡No! Ciegos, como el mundo
en que miráis... lo visto,
cuando veis lo que veis;
tal vez con el instinto
uno y fuerte, un momento
vayáis hasta el destino.

Tiempo tendréis después
de alargar los caminos
vistiendo, hora tras hora,
el desnudo bien visto.

¡Con qué segura frente
se piensa lo sentido!

- 72 -

Yo no sé cómo saltar
desde la orilla de hoy
a la orilla de mañana.

El río se lleva, mientras,
la realidad de esta tarde
a mares sin esperanza.

Miro al oriente, al poniente,

miro al sur y miro al norte...
Toda la verdad dorada
que cercaba al alma mía
cual con un cielo completo,
se cae, partida y falsa.

... Y no sé cómo saltar
desde la orilla de hoy
a la orilla de mañana.

(Eres ignorada,
eres infinita,
como el mundo y yo)

- 73 -

Convalecencia

Sólo tú me acompañas, sol amigo.
Como un perro de luz, lames mi lecho blanco;
y yo pierdo mi mano por tu pelo de oro,
caída de cansancio.

¡Qué de cosas que fueron
se van... más lejos todavía!
Callo

y sonrío, igual que un niño,
dejándome lamer de ti, sol manso.
...De pronto, sol, te yergues,
fiel guardián de mi fracaso
y, en una algarabía ardiente y loca,
ladras a los fantasmas vanos
que, mudas sombras, me amenazan
desde el desierto del ocaso.

Diario de un poeta recién casado (1917)

- 74 -

1 de febrero

Soledad

En ti estás todo, mar, y sin embargo,
¡qué sin ti estás, qué solo,
qué lejos, siempre, de ti mismo!

Abierto en mil heridas, cada instante,
cual mi frente,
tus olas van, como mis pensamientos,
y vienen, van y vienen,
besándose, apartándose,
en un eterno conocerse,
mar, y desconocerse.

Eres tú, y no lo sabes,
tu corazón te late y no lo siente ...
¡Qué plenitud de soledad, mar sólo!

- 75 -

5 de febrero

Mar

Parece, mar, que luchas
—¡oh desorden sin fin, hierro incesante!—
por encontrarte o porque yo te encuentre.
¡Qué inmenso demostrarte,
en tu desnudez sola
—sin compañera ... o sin compañero
según te diga d mar o la mar—, creando
el espectáculo completo
de nuestro mundo de hoy!
Estás, como en un parto,
dándote a luz —¡con qué fatiga!—
a ti mismo, ¡mar único.,
a ti mismo, a ti solo y en tu misma
y sola plenitud de plenitudes,
... ¡por encontrarte o porque yo te encuentre!

- 76 -

7 de febrero

Cielo

Te tenía olvidado,
cielo, y no eras
más que un vago existir de luz,
visto –sin nombre–
por mis cansados ojos indolentes.
y aparecías, entre las palabras
perezosas y desesperanzadas del viajero,
como en breves lagunas repetidas
de un paisaje de agua visto en sueños ...
Hoy te he mirado lentamente,
y te has ido elevando hasta tu nombre.

- 77 -

New York
4 de abril

La negra y la rosa

La negra va dormida, con una rosa blanca en la mano. —*La rosa y el sueño apartan, en una superposición mágica, todo el triste atavío de la muchacha: las medias rosas caladas, la blusa verde y transparente, el sombrero de paja de oro con amapolas moradas.*— Indefensa con el sueño, se sonríe, la rosa blanca en la mano negra.

¡Cómo la lleva! Parece que va soñando con llevarla bien. Inconsciente, la cuida —con la seguridad de una sonámbula— y es su delicadeza como si esta mañana la hubiera dado ella a luz, como si ella se sintiera, en sueños, madre del alma de una rosa blanca. —*A veces, se le rinde sobre el pecho, o sobre un hombro, la pobre cabeza de humo rizado, que irisa el sol cual si fuese de oro, pero la mano en que tiene la rosa mantiene su honor, abanderada de la primavera.*

Una realidad invisible anda por todo el subterráneo, cuyo estrepitoso negror rechinante, sucio y cálido, apenas se siente. Todos han dejado sus periódicos, sus gomitas y sus gritos; están absortos, como en una pesadilla de cansancio y de tristeza, en esta rosa blanca que la negra exalta y que es como la conciencia del subterráneo. Y la rosa emana, en el silencio atento, una delicada esencia y eleva como una bella presencia inmaterial que se va adueñando de todo, hasta que el hierro, el carbón, los periódicos, todo, huele un punto a rosa blanca, a primavera mejor, a eternidad...

- 78 -

New York
29 de abril

Amor

No, no, nosotros dos no somos
nosotros dos, que estamos
aquí, viendo ponerse el sol granate
entre el verdor dorado
en que cantan, en ramo, sobre el río
los inconstantes pájaros.
No, no somos nosotros.
Nosotros dos —¡oh encanto
del parque sin nosotros, con nosotros!—,
nosotros, somos esos dos románticos
que no son aún nosotros, que no están aún con ellos
mismos, esos dos, que, soñando
en ser ellos, en no ser ellos, dulces,
se pierden lentamente, en solo un beso,
por el sendero —vago
ya en la hora en que cierran,
solo obedientes al ocaso—,
por el sendero
solitario
en donde canta a la arboleda verde
ya, libre del pisar del día,
un obstinado pájaro.

- 79 -

13 de junio.

¡El mar acierta!

No sé si es más o menos. Pero sé que el mar, hoy, es el mar. Como un orador sin paz, que un día llega a su plena exaltación, y es él ya para siempre, porque la ola de su fervor rompió su vaso, así, hoy, el mar; como un pintor que acertase a dar en una sola pincelada la luz del color de la aurora primera; como un poeta que se hace en su alma una estrofa mayor que el mundo, así, hoy, el mar; como una primavera que abre su flor mayúscula...

Hoy el mar ha acertado, y nos ofrece una visión mayor de él que la que teníamos de antemano, mayor que él hasta hoy. Hoy le conozco y le sobreconozco. En un momento voy desde él a todo él, a siempre y en todas partes él.

Mar, hoy te llamas mar por vez primera. Te has inventado tú mismo y te has ganado tú solo tu nombre, mar.

19 junio

No sé si el mar es, hoy
–adornado su azul de innumerables
espumas–,
mi corazón; si mi corazón, hoy
–adornada su grana de incontables
espumas–,
es el mar.

Entran, salen
uno de otro, plenos e infinitos,
como dos todos únicos.
A veces, me ahoga el mar el corazón,
hasta los cielos mismos.
Mi corazón ahoga el mar, a veces,
hasta los mismos cielo

Eternidades (1918)

- 81 -

¡Intelijencia, dame
el nombre exacto de las cosas!

... Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen, a las cosas;
que por mí vayan todos
los que ya las olvidan, a las cosas;
que por mí vayan todos
los mismos que las aman, a las cosas...

¡Intelijencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

- 82 -

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia.
y la amé como un niño.

Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes.
y la fui odiando, sin saberlo.

Llegó a ser una reina.
fastuosa de tesoros ...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!

... Mas se fue desnudando,
y yo le sonreía.

Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.

Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda ...
¡ah pasión, de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

- 83 -

¡Sólo eres tú
–aquella tú–
cuando me hieres!

- 84 -

¡Qué odio al mí de ayer!
¡Qué tedio del mañana
en que he de odiarme en hoy!

¡Oh qué montón de flores mustias
toda esta vida!

- 85 -

Yo no soy yo.
Soy este
que va a mi lado sin yo verlo;
que, a veces, voy a ver,
y que, a veces, olvido.
El que calla, sereno, cuando hablo,
el que perdona, dulce, cuando odio,
el que pasea por donde no estoy,
el que quedará en pie cuando yo muera.

- 86 -

Está tan puro ya mi corazón,
que lo mismo es que muera
o que cante.

Puede llenar el libro de la vida,
o el libro de la muerte,
los dos en blanco para él,
que piensa y sueña.

Igual eternidad hallará en ambos.
Corazón, da lo mismo: muere o canta.

Ellos (1918-1923)

- 87 -

Antes, yo era la flor
y tú la sombra.
¡Sé tú la flor ya para siempre,
que quiero ser la sombra,
para siempre, yo!

- 88 -

Domingo

¡Confusiones de acentos,
en el cariño,
de las cosas del cielo y de la tierra!
¡Nombres de allí, que vienen a la boca,
entre flores y luces,
para nombrar seres de acá!
¡Formas de aquí,
que se van, por las nubes, a su casa!
¡Penetración inmensa e inefable

de cruzadas venturas,
en las que todo ocupa, en nuestra alma
(trocado dulcemente),
los mejores lugares infinitos,
los más bellos lugares terrenales!

¡Tierra, cielo del cielo;
cielo, tierra de la tierra!

¡Qué ser de la creación sabe el misterio;
el pájaro, la flor, el viento, el agua?
¡Todos están queriendo decirme lo inefable,
-sólo verdad en la alegría
del alma con su carne, tan gozosas
de esperar, sin cansancio y sonriendo,
esta promesa múltiple de amor
inmenso e impotente,
alba eterna = y mejor
en su imposible afán = de un ¡pobre! día,
... que no se abrirá nunca!-

Piedra y cielo (1919)

- 89 -

El poema

¡No le toques ya más,
que así es la rosa!

- 90 -

Perro divino

¡Aquí está! ¡Venid todos!
¡Cavad, cavad!
¡Mis manos echan sangre,
y ya no pueden más!
¡Aquí está!
¡Entre la tierra húmeda,
qué olor a eternidad!
¡Aquí está!
¡Oíd mi aullido largo
contra el sol inmortal!
¡Aquí está! ¡Venid todos!
¡Cavad, cavad, cavad!

- 91 -

Mariposa de luz,
la belleza se va cuando yo llego
a su rosa.
Corro, ciego, tras ella. ..
La medio cojo aquí y allá ...
¡Sólo queda en mi mano
la forma de su huida!

- 92 -

Nostaljia

¡Hojita verde con sol,
tú sintetizas mi afán;
afán de gozarlo todo,
de hacerme en todo inmortal!

- 93 -

La gloria

¡Qué canción tuya quedará,
como una flor eterna, corazón,
cuando tú ya no tengas
ni fosa ni memoria;
cuál, entre todas estas flores
de esta pradera roja, verde,
que mueve, ahora, el viento alegre de mi vida?

Poesía (1923)

- 94 -

¡Concentrarme, concentrarme,
hasta oírme el centro último,
el centro que va a mi yo
más lejano,
el que me sume en el todo!

- 95 -

¿Cómo, muerte, tenerte
miedo? ¿No estás aquí conmigo, trabajando?
¿No te toco en mis ojos; no me dices
que no sabes de nada, que eres hueca,
inconsciente y pacífica? ¿No gozas,
conmigo, todo: gloria, soledad,
amor, hasta tus tuétanos?
¿No me estás aguantando,
muerte, de pie, la vida?
¿No te traigo y te llevo, ciega,
como tu lazarillo? ¿No repites
con tu boca pasiva
lo que quiero que digas? ¿No soportas,
esclava, la bondad con que te obligo?

¿Qué verás, qué dirás, adónde irás
sin mí? ¿No seré yo,
muerte, tu muerte, a quien tú, muerte,
debes temer, mimar, amar?

- 96 -

La mano contra la luz

No somos más que un débil saco
de sangre y huesos,
y un alfiler, verdad, puede matarnos;
pero corre en nosotros la semilla
que puede dejar fuera de nosotros
la mariposa única,
de luz sólo y de sombra sólo y sólo nuestras,
sin piel, red ni armadura,
ni posibilidad de ser cazada
por nada humano ni divino;
el ser invulnerable,
inmaterial, tan largo como el mundo,
que colma, libre, lo infinito
y se sale de él a lo imposible.

Belleza (1923)

- 97 -

¡Crearme, recrearme, vaciarme,
hasta
que el que se vaya muerto, de mí, un día,
a la tierra, no sea yo; burlar honradamente,
plenamente, con voluntad abierta,
el crimen, y dejarle este pelele negro
de mi cuerpo, por mí!
¡Y yo, esconderme
sonriendo, inmortal, en las orillas puras
del río eterno, árbol
-en un poniente inmarcesible-
de la divina y mágica imaginación!

- 98 -

Cenit

Yo no seré yo, muerte,
hasta que tú te unas con mi vida
y me completes así todo;
hasta que mi mitad de luz se cierre
con mi mitad de sombra,
-y sea yo equilibrio eterno
en la mente del mundo:
unas veces, mi medio yo, radiante;
otras, mi otro medio yo, en olvido.

Yo no seré yo, muerte,
hasta que tú, en tu turno, vistas
de huesos pálidos mi alma.

- 99 -

Inmortalidad

Tú, palabra de mi boca, animada
de este sentido que te doy,
te haces mi cuerpo con mi alma.

- 100 -

Alerta

La tierra duerme. Yo, despierto,
soy su cabeza única.

¡Si ella pudiera,
con todo su tesoro malgastado,
obedecerme! ¡Si, de pronto,
la fuerza de una frente nueva -de mi frente nueva-
fuese mayor que la del cuerpo inerme!

-¡Día sereno
en que el insomnio de la frente nueva
pueda mover el mundo;
hacer que se despierte, con la aurora,
dueño de la verdad libre y eterna!-

La realidad invisible (1917-1923)

- 101 -

El presente

¡Cómo me siguen
en fila interminable
todos los yos que he sido!

¡Cómo se abre el ante mí
en infinita fila
para todos los yos que voy a ser!

¡Y qué poco, qué nada soy yo,
este yo, de hoy
que casi es de ayer,
que va a ser todo de mañana!

- 102 -

... Cantan pájaros únicos, no sé si en estos árboles
o en los de la otra orilla (el paraíso).

El aire tiende puentes,
de todo a todo;
y el corazón va y viene, en paz, por ellos,
loco, juguetón, libre.
¡Y qué olores lo pasan,
de flores conocidas
y desconocidas!

- 103 -

Hablaba de otro modo que nosotros todos,
de otras cosas de aquí, mas nunca dichas
antes que las dijera. Lo era todo:
Naturaleza, amor y libro.

Como la aurora, siempre,
comenzaba de un modo no previsto,
¡tan distante de todo lo soñado!
Siempre, como las doce,
llegaba a su cenit, de una manera
no sospechada,
¡tan distante de todo lo contado!
Como el ocaso, siempre,
se callaba de un modo inesperable,
¡tan distante de todo lo pensado!

¡Qué lejos y qué cerca
de mí su cuerpo! Su alma,
¡qué lejos y qué cerca
de mí!

... Naturaleza, amor y libro.

Hijo de la alegría (1918-1923)

- 104 -

Madrugada (Entresueño)

Vamos llegando en el tren.
Oscuro frío tranquilo.

Y parece
-en un trastorno constante-
que llegamos a la vida,
de la muerte; que llegamos
a la muerte, de la vida.

Cantan gallos, no se sabe
si en la vida, si en la muerte,
-en un trastorno constante-.
Oscuro frío tranquilo.

- 105 -

5 y 1/2 de la mañana

De pronto, sólo un mal sabor
de... ¿boca?

¿El amanecer?-

¿Somos
el primer hombre?-

Tierra,
¡te cojimos tu embuste en tu traslumbre,
en tu trasombra, -antes

de que saques el sol para cegarnos,
ya sin la venda llena de estrellas!-

Por toda tú,
trasparente de engaño,
se ve lo negro de esa nada
llena de piedras mitad rojas,
mitad negras, -juego triste
de ¿verdad? y ¡mentira!-

¡Soledad! ¿Soledad?
¡No, Tierra, no eres nada nuestro,
no somos nada tuyos;
eres estraña, estraños somos; solos somos, sola eres!
Y eso otro que nos acecha, feo,
desde la infinita estrañeza solitaria,
escondiéndose entre astros, mitad negros,
mitad rojos,
¿qué más podría hacernos que... ¿matarnos?
que vivirnos?

¿Qué es, entonces, el miedo? ¿Qué tememos?
¿Hay algo más que vida y muerte,
que luz y sombra?

¿Estamos muertos?
¿Somos -¡mujer, verdad!, ¿y la mujer?-
el hombre último?

Fuego y sentimiento (1918-1923)

- 106 -

Auroras de Moguer

El negro toro solo surge, neto y bello,
sobre la fría aurora verde, alto en el peñasco azul.
Muje de sur a norte, rempujando
el hondo cenit cárdeno, estrellado todavía
de las estrellas grandes,
con su ajigantado testuz.

-La soledad inmensa se amedrenta;
el silencio sin fin se calla.
¡...!-

El toro -roca desgajada- baja contra
el barranco frondoso.

No quedan más que él, que ¿se va? negro,
y ¡viniendo!, blanca y rosa, la luz.

Luz de la atención (1918-1923)

- 107 -

¡Pensamiento revuelto, encabritado,
que no encuentras presencia a la que darle
recto, gozoso, tu virtud!
-Tu agua de fuego,
en vez de abrirse a un río nítido, y de engrosarlo,
y de echarlo, frenético, al evidente mar,
salta, jira en redondo torbellino oscuro,
¡y no sale de ti!-
Torrente mío,
¿en dónde pararás? ¿Cuándo, en qué sol,
se te pondrá delante, como un rayo,
la desnudez erguida e indudable,
y tú la guiarás directo,
-con tu embriagado y decisivo ímpetu-,
al infinito reino igual en luz -y en sombra-
de lo sólo?

- 108 -

¡Esfinje salteadora,
férrea virjinidad de cortas redondeces,
espantadora altiva de los pobres hombres;
yo sabré, -¡dura, estéril!-, tu secreto frío,
yo ganaré mi día eterno contra ti;
y te echarás al mar, -¡horrible!-,
y te hundirás en la insondable sombra!

La mujer desnuda (1918-1923)

- 109 -

La mujer desnuda

Humana fuente bella,
surtidor de delicia entre las cosas,
tierna, suave agua redonda,
mujer desnuda: ¿un día,
dejaré yo de verte;
te tendrás que quedar
sin estos asombrados ojos míos,
que completaban tu hermosura plena,
con la insaciable plenitud de su mirada?

(¡Estíos; verdes frondas,
aguas entre las flores,
lunas alegres sobre el cuerpo,
calor y amor, mujer desnuda!)

¡Límite exacto de la vida,
perfecto continente,
armonía formada, único fin,
definición real de la belleza,
mujer desnuda: ¡un día,
se romperá mi línea de hombre,
me tendré que expandir
en la naturaleza abstracta;
no seré nada para ti,
árbol universal de hoja perene,
eternidad concreta!

La muerte (1919-1923)

- 110 -

¡Breve definición la de la muerte,
y exacta! En dos palabras,
todo está terminado.
Y nada
hay que oponerle ya, ni rosa ardiente,
pretendido retorno al sol de aquella boca
que se quedó en la sombra para siempre;
ni estrella pura,
pretendido retorno de los ojos
que ya nunca verán a las estrellas...
¡Triste consuelo
este argumento del espíritu
que es sólo, sólo para el que se queda,
que el que se fue no pudo ver, no pudo
besar: estrella, rosa!

Forma del huir (1919-1923)

- 111 -

A veces, siento
como la rosa
que seré un día, como el ala
que seré un día;
y un perfume me envuelve, ajeno y mío,
mío y de rosa;
y una errancia me coje, ajena y mía,
mía y de pájaro.

- 112 -

¡Amor!

Todas las rosas son la misma rosa,
¡amor!, la única rosa;
y todo queda contenido en ella,
breve imagen del mundo,
¡amor!, la única rosa.

El vencedor oculto (1919-1923)

- 113 -

El desvelado

¡Mis ojos abiertos!
¡Llevadme a la mar,
a ver si me duermo!

Mientras estén lejos,
no se han de cerrar
mis ojos abiertos.

Llorarán recuerdos,
hasta hacer un mar
de llanto y deseo.

Un mar sin consuelo,
que me ha de llevar
al desvelo eterno.

No imitan los besos,
ni el dulce cantar,
la ola y el viento.

¡La ola y el viento!
¡Llevadme a la mar,
a ver si me duermo!

La Obra (1919-1923)

- 114 -

Sé que mi Obra es lo mismo
que una pintura en el aire;
que el vendaval de los tiempos
la borrará toda, como
si fuese perfume o música;
que quedará sólo de ella
-sí arruinado en nóes-
el gran silencio solar,
la ignorancia de la luna.

-¡No, no; ella, un día, será
=borrada= existencia inmensa,
desveladora virtud;
será, como el antesol,
imposible norma bella;
sinfín de angustioso afán,
mina de escelso secreto...!-
¡Mortal flor mía inmortal,
reina del aire de hoy!

Entretiempo (1919-1923)

- 115 -

Suavidad

¿Sostiene la hoja seca
a la luz que la encanta,
o la luz
a la hoja encantada?

- 116 -

Anteotoño

¡Sol quincallero,
cales azules!
¡La acera, pura
de bellas luces!

-¡El ciclón fresco
limpiando absorto
el leve prisma
del mundo de oro!-

¡Qué de recuerdos,
-cuantos colores-!
¡Qué bien, belleza,
te descompones!

Miscelánea (1920-1923)

- 117 -

¡Ay!

¡Instantes en que el mañana
no vale nada; en que es hoy
el fin; y estamos dispuestos
a todo, no importa qué,
ni con qué!

¡Cómo se alza
nuestro ser; qué grandes somos,
entonces! ¡Qué solos somos!

...¡Y qué poquísima falta
nos hace el hombre, ni el dios!

Hacia otra desnudez (1918-1936)

- 118 -

Con las terceras

Qué gozo ahora este meter mis brazos
en esta mar inmensa de mi canto;
saber, mientras el agua rica me aprisiona,
que es grande su olear de olas tranquilas;
que vuelve hasta el principio (aquella costa
casi desconocida ya de mí, pero tan mía).

Saber que estas gotillas que me emperlan
la carne de mis sienes, han estado
con las primeras, en las flores
de mi mañana azul; con las segundas,
en las nubes doradas del cenit...

Y que estarán
en lo esperado ya, con las terceras,
cuando el agua mía
sin orillas de cielo ni de tierra,
me cubra toda todo, en una mágica marea alta
de invariable mítica estabilidad.

(1925)

La estación total con las canciones de la nueva luz (1946)

- 119 -

Paraíso

I

Lo que sigue

Como en la noche, el aire ve su fuente
oculta. Está la tarde limpia como
la eternidad.

La eternidad es sólo
lo que sigue, lo igual; y comunica
por armonía y luz con lo terreno.

Entramos y salimos sonriendo,
lentos los ojos de totalidad,
de la tarde a la eternidad, alegres
de lo uno y lo otro. Y de seguir,
de entrar y de seguir.
Y de salir...

(Y en la frontera de las dos verdades,
exaltando su última verdad,
el chopo de oro contra el pino verde,
síntesis del destino fiel, nos dice
qué bello al ir a ser es haber sido.)

II

La otra forma

Hondo vaivén de sólidos y luces
traslada la estación de un sitio a otro.
En medio del viraje natural
¡qué hacer con nuestra loca vida abierta!
¿Verdor solar con apariencia eterna,
tierra en que duplicar con nuestra boca,
agua en que refrescar la vena viva,
poniente al que mirar en el descanso?

Ya no sirve esta voz ni esta mirada.
No nos basta esta forma. Hay que salir
y ser en otro ser el otro ser.
Perpetuar nuestra explosión gozosa.

El ser que siempre hemos querido ser
(¿y en él quedarnos ya?) fuerza cerrada
de la embriaguez que nos echó en su seno.
Estatua ardiente en paz del dinamismo.

y III

El otoñado

Estoy completo de naturaleza,
en plena tarde de áurea madurez,
alto viento en lo verde traspasado.
Rico fruto recóndito, contengo
lo grande elemental en mí (la tierra,
el fuego, el agua, el aire), el infinito.
Chorro luz: doro el lugar oscuro,
trasmino olor: la sombra huele a dios,
emano son: lo amplio es honda música,
filtro sabor: la mole bebe mi alma,
deleito el tacto de la soledad.
Soy tesoro supremo, desasido,
con densa redondez de limpio iris,
del seno de la acción. Y lo soy todo.
Lo todo que es el colmo de la nada,
el todo que se basta y que es servido
de lo que todavía es ambición.

- 120 -

Criatura afortunada

Cantando vas, riendo por el agua,
por el aire silbando vas, riendo,
en ronda azul y oro, plata y verde,
dichoso de pasar y repasar
entre el rojo primer brotar de abril,
¡forma distinta, de instantáneas
igualdades de luz, vida, color,
con nosotros, orillas inflamadas!

¡Qué alegre eres tú, ser,
con qué alegría universal eterna!
¡Rompes feliz el ondear del aire,
bogas contrario el ondular del agua!
¿No tienes que comer ni que dormir?
¿Toda la primavera es tu lugar?
¿Lo verde todo, lo azul todo,
lo floreciente todo es tuyo?
¡No hay temor en tu gloria;
tu destino es volver, volver, volver,
en ronda plata y verde, azul y oro,
por una eternidad de eternidades!

Nos das la mano, en un momento
de afinidad posible, de amor súbito,
de concesión radiante;
y, a tu contacto cálido,
en loca vibración de carne y alma,
nos encendemos de armonía,
nos olvidamos, nuevos, de lo mismo,
lucimos, un instante, alegres de oro.

¡Parece que también vamos a ser
perenes como tú,
que vamos a volar del mar al monte,
que vamos a saltar del cielo al mar,
que vamos a volver, volver, volver
por una eternidad de eternidades!
¡Y cantamos, reímos por el aire,
por el agua reímos y silbamos!

¡Pero tú no te tienes que olvidar,
tú eres presencia casual perpetua,
eres la criatura afortunada,
el májico ser solo, el ser insombrado,
el adorado por calor y gracia,
el libre, el embriagante robador,
que, en ronda azul y oro, plata y verde,
riendo vas, silbando por el aire,
por el agua cantando vas, riendo!

- 121 -

Renaceré Yo

Renaceré yo piedra,
y aún te amaré mujer a ti
Renaceré yo viento,
y aún te amaré mujer a ti
Renaceré yo ola,
y aún te amaré mujer a ti
Renaceré yo fuego,
y aún te amaré mujer a ti
Renaceré yo hombre,
y aún te amaré mujer a ti

- 122 -

Mensajera de la estación total

Todas las frutas eran de su cuerpo,
las flores todas, de su alma.
Y venía, y venía
entre las hojas verdes, rojas, cobres,
por los caminos todos
de cuyo fin con árboles desnudos
pasados en su fin a otro verdor,
ella había salido
y eran su casa llena natural.

¿Y a qué venía, a qué venía?
Venía sólo a no acabar,
a perseguir en sí toda la luz,
a iluminar en sí toda la vida
con forma verdadera y suficiente.

Era lo elemental más apretado
en redondez esbelta y elejida:
agua y fuego con tierra y aire,
cinta ideal de suma gracia,
combinación y metamorfosis.

Espejo de iris májico de sí,
que viese lo de fuera desde fuera
y desde dentro lo de dentro;
la delicada y fuerte realidad
de la imagen completa.
Mensajera de la estación total,
todo se hacía vista en ella.

(Mensajera,
¡qué gloria ver para verse a sí mismo,
en sí mismo,
en uno mismo,
en una misma,
la gloria que proviene de nosotros!)

Ella era esa gloria ¡y lo veía!
Todo, volver a ella sola,
solo, salir toda de ella.

(Mensajera, tú existías. Y lo sabía yo.)

En el otro costado (1936-1942)

- 123 -

Réquiem de vivos y muertos

Canto de partida

Cuando todos los siglos vuelven,
anocheciendo, a su belleza,
sube al ámbito universal
la unidad honda de la tierra.

Entonces nuestra vida alcanza
la alta razón de su existencia:
todos somos hijos iguales
en la tierra, madre completa.

Le vemos la sien infinita,
le escuchamos la voz inmensa,
nos sentimos acumulados
por sus dos manos verdaderas.

Su mar total es nuestra sangre,
nuestra carne es toda su piedra,
respiramos con su aire uno,
su fuego único nos incendia.

Ella está con nosotros todos
y todos estamos con ella,
ella es bastante para darnos
a todos la sustancia eterna.

Y tocamos el cenit último
con la luz en nuestras cabezas,
y nos detenemos seguros
de estar en lo que no se deja.

- 124 -

¿Al fin poetas?

No está la muerte nuestra bajo tierra,
que nos mata en la luz;
aquí estamos muriendo en esta luz,
en las copas doradas de la luz.

Reviviremos hondos a más vida;
nos vivirá la muerte
entre la sombra rica y poderosa
de las raíces frescas de los árboles.

Ni fuimos lo que somos hasta un día,
ni ese día fue sumo;
de la sombra vinimos y a la sombra
volveremos; la sombra es nuestro hogar.

Nos abrió una semilla y otra somos,
y esto es sólo una vez;
enjendrar más iguales no nos sigue,
nos sigue una inesperada lengua.

Lengua de nuestro mítico mudarnos
en primavera, lengua
de nuestro milagroso cumplimiento.
¿Una lengua de fuego, al fin poetas?

- 125 -

Los pájaros de yo sé dónde

Toda la noche,
los pájaros han estado
cantándome sus colores.

(No los colores
de sus alas matutinas
con el fresco de los soles.

No los colores
de sus pechos vespertinos
al rescoldo de los soles.

No los colores
de sus picos cotidianos
que se apagan por la noche,
como se apagan
los colores conocidos
de las hojas y las flores.)

Otros colores,
el paraíso primero
que perdió del todo el hombre,
el paraíso
que las flores y los pájaros
inmensamente conocen.

Flores y pájaros
que van y vienen oliendo,
volando por todo el orbe.

Otros colores,
el paraíso sin cambio
que el hombre en sueños recorre.

Toda la noche,
los pájaros han estado
cantándome los colores.

Otros colores
que tienen en su otro mundo
y que sacan por la noche.

Unos colores
que yo he visto bien despierto
y que están yo sé bien dónde.

Yo sé de dónde
los pájaros han venido
a cantarme por la noche.

Yo sé de dónde,
pasando vientos y olas,
a cantarme mis colores.

Romances de Coral Gables (1948)

- 126 -

Árboles hombres

Ayer tarde
volvía yo con las nubes
que entraban bajos rosales
(grande ternura redonda)
entre los troncos constantes.

La soledad era eterna
y el silencio inacabable.
Me detuve como un árbol
y oí hablar a los árboles.

El pájaro solo huía
de tan secreto paraje,
solo yo podía estar
entre las rosas finales.

Yo no quería volver
en mí, por miedo de darles
disgusto de árbol distinto
a los árboles iguales.

Los árboles se olvidaron
de mi forma de hombre errante,
y, con mi forma olvidada,
oía hablar a los árboles.

Me retardé hasta la estrella.
En vuelo de luz suave,
fui saliéndome a la orilla,
con la luna ya en el aire.

Cuando yo ya me salía,
vi a los árboles mirarme.
Se daban cuenta de todo
y me apenaba dejarles.

Y yo los oía hablar,
entre el nublado de nácares,
con blando rumor, de mí.
Y ¿cómo desengañarles?

¿Cómo decirles que no,
que yo era sólo el pasante,
que no me hablaran a mí?
No quería traicionarles.

Y ya muy tarde, ayer tarde,
oí hablarme a los árboles.

Una colina meridiana

- 127 -

Distinto

Lo querían matar
los iguales,
porque era distinto.
Si veis un pájaro distinto,
tiradlo;
si veis un monte distinto,
caedlo;
si veis un camino distinto,
cortadlo;
si veis una rosa distinta,
deshojadla;
si veis un río distinto,
cegadlo...
si veis un hombre distinto,
matadlo.

¿Y el sol y la luna
dando en lo distinto?
Altura, olor, largor, frescura, cantar, vivir
distinto
de lo distinto;
lo que seas, que eres
distinto
(monte, camino, rosa, río, pájaro, hombre):
si te descubren los iguales,
huye a mí,
ven a mi ser, mi frente, mi corazón distinto.

Animal de fondo (1948-1949)

- 128 -

La transparencia, Dios, la transparencia

Dios del venir, te siento entre mis manos,
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
de amor, lo mismo
que un fuego con su aire.
No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;
eres igual y uno, eres distinto y todo;
eres dios de lo hermoso conseguido,
conciencia mía de lo hermoso.
Yo nada tengo que purgar.
Toda mi impedimenta
no es sino fundación para este hoy
en que, al fin, te deseo;
porque estás ya a mi lado,
en mi eléctrica zona,
como está en el amor el amor lleno.
Tú, esencia, eres conciencia; mi conciencia
y la de otro, la de todos,
con forma suma de conciencia;
que la esencia es lo sumo,
es la forma suprema conseguible,
y tu esencia está en mí como mi forma.
Todos mis moldes, llenos
estuvieron de ti; pero tú ahora,
no tienes molde, estás sin molde; eres la gracia

- 129 -

El nombre conseguido de los nombres

Si yo, por ti, he creado un mundo para ti,
dios, tú tenías seguro que venir a él,
y tú has venido a él, a mí seguro,
porque mi mundo todo era mi esperanza.
Yo he acumulado mi esperanza
en lengua, en nombre hablado, en nombre escrito;
a todo yo le había puesto nombre
y tú has tomado el puesto
de toda esta nombradía.
Ahora puedo yo detener ya mi movimiento,
como la llama se detiene en ascua roja
con resplandor de aire inflamado azul,
en el ascua de mi perpetuo estar y ser;
ahora yo soy mi mar paralizado,
el mar que yo decía, mas no duro,
paralizado en olas de conciencia en luz
y vivas hacia arriba todas, hacia arriba.
Todos los nombres que yo puse
al universo que por ti me recreaba yo,
se me están convirtiendo en uno y en un
dios.

El dios que es siempre al fin,
el dios creado y recreado y recreado
por gracia y sin esfuerzo.
El Dios. El nombre conseguido de los nombres

- 130 -

Soy animal fondo

«En fondo de aire» (dije) «estoy»,
(dije) «soy animal de fondo de aire» (sobre tierra),
ahora sobre mar; pasado, como el aire, por un sol
que es carbón allá arriba, mi fuera, y me ilumina
con su carbón el ámbito segundo destinado.

Pero tú, dios, también estás en este fondo
y a esta luz ves, venida de otro astro;
tú estás y eres
lo grande y lo pequeño que yo soy,
en una proporción que es ésta mía,
infinita hacia un fondo
que es el pozo sagrado de mí mismo,

Y en este pozo estabas antes tú
con la flor, con la golondrina, el toro
y el agua; con la aurora
en un llegar carmín de vida renovada;
con el poniente, en un huir de oro de gloria.
En este pozo diario estabas tú conmigo,
conmigo niño, joven, mayor, y yo me ahogaba
sin saberte, me ahogaba sin pensar en ti.
Este pozo que era, sólo y nada más ni menos,
que el centro de la tierra y de su vida.

Y tú eras en el pozo mágico el destino
de todos los destinos de la sensualidad hermosa
que sabe que el gozar en plenitud
de conciencia amadora,
es la virtud mayor que nos trasciende.
Lo eras para hacerme pensar que tú eras tú,
para hacerme sentir que yo era tú,
para hacerme gozar que tú eras yo,
para hacerme gritar que yo era yo
en el fondo de aire en donde estoy,
donde soy animal de fondo de aire
con alas que no vuelan en el aire,
que vuelan en la luz de la conciencia
mayor que todo el sueño
de eternidades e infinitos
que están después, sin más que ahora yo, del aire.

Dios deseado y deseante (1948-1953)

- 131-

De un oasis eterno de lo interno

(Estar despierto yo. ¡Qué maravilla!

ANTES)

El venir es un dios, mi Dios, y yo le cojo
las formas más humanas a su esencia,
en una ansia de amor que es vivir mío.

Me está llamando siempre
en los hermosos espejismos
que el ocaso nos abre en tierra o mar,
fondo tras fondo del oriente eterno;
y en ese juego, en ese fuego
de fondos superpuestos
que siguen en las noches para mí,
está la maravilla de mi despertar.
¡Estar despierto yo! ¡qué maravilla!

La maravilla de mi despertar es esa,
un llegar de un viaje de viajes,
un pasar de occidentes como vidrios
que se van separando eternamente
para que yo les vea
su entera desnudez de forma viva.

Y en todos está dios de mil maneras,
en todos está el sueño de este dios
que yo fabrico de la gloria de mis noches,
coronas planetarias de mis días,
coronas de mis días de mis días.

Sucesión de coronas es mi dios,
coronas que coronan sólo un centro
que es un ojo, es un ver,
un sí mismos tan yo, maravilloso yo,
que mi aurora no es más que mi sonrisa
de haberme dado a luz yo mismo
de mi sueño, mi sueño.

Mi amor de cada noche,
mi sol de cada día,
mi venir, mi venir, venir, venir mi Dios,
mi porvenir constante en que mi día todo
es un gozar de un sueño conseguido,
de un oasis eterno de lo interno,
este gozar de ver ¡con qué descanso lleno!
la verdad,
que será más verdad cada mañana.

- 132 -

Como tú, mi amor, miras

Buscándote como te estoy buscando,
yo no puedo ofenderte, dios, el que tú seas;
ni tú podrías ser ente de ofensa.

Si yo te puedo, y yo lo sé que yo te puedo oír
todo el misterio que tú eres,
y tú no me lo dices como te lo pregunto,
yo no estoy ofendiéndote.

Y yo sé que te pienso
de la mejor manera que yo puedo y quiero,
en verdad de belleza,
belleza de verdad que es mi carrera.
Y si te pienso así,
yo no puedo ofenderte.

Gracias, te las doy siempre. ¿A quién las doy?
A la belleza inmensa se las doy,
que yo soy bien capaz de conseguir;
que tú has tocado, que eres tú.
Si la belleza inmensa me responde o no,
yo sé que no te ofendo ni la ofendo.

(Acaso la mentira, la duda de este mundo
está en la pobre lengua nuestra.
Si sólo nos pudiéramos mirar
como miras tú, dios, y tú, belleza, miras,
como tú, mi amor, miras,
lo sabríamos todo).

De ríos que se van

- 133 -

A esta música cálida

Morir es no oír más esta música cálida que está sonando ahora; no oírla de la mano del amor. Es no oír más la mar esta que suena con la música, el silencio que escucha, de la luna; no oírlos de la mano del callar.

No oír más lo que clama el dolor con el amor, lo que grita el amor con el dolor, a esta música cálida que ahora está sonando sobre el son de las olas de la mar, son de las olas de la mar, las olas de la mar, de la mar.

- 134 -

Concierto

Echada en otro hombro una cabeza,
funden palpitación, calor, aroma
y a cuatro ojos en llena fe se asoma
el amor con su más noble franqueza.
¡Unión de una verdad a una belleza,
que calma y que detiene la carcoma
cuyo hondo roer lento desmorona
por dentro la minada fortaleza!
Momento salvador por un olvido
fiel como lo anteterno del descanso:
La paz de dos en uno.
Y que convierte
el tiempo y el espacio, con latido
de ríos que se van, en el remanso
que aparta a dos que viven de su muerte.

Espacio (1954)

- 135 -

Espacio

Fragmento primero

(Sucesión)

«Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo». Yo tengo, como ellos, la sustancia de todo lo vivido y de todo lo porvenir. No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabo a fin. Y lo que veo, a un lado y otro, en esta fuga (rosas, restos de alas, sombra y luz) es sólo mío, recuerdo y ansia míos, presentimiento, olvido. ¿Quién sabe más que yo, quién, qué hombre o qué dios, puede, ha podido, podrá decirme a mí qué es mi vida y mi muerte, qué no es? Si hay quien lo sabe, yo lo sé más que ese, y si quien lo ignora, más que ese lo ignoro. Lucha entre este ignorar y este saber es mi vida, su vida, y es la vida. Pasan vientos como pájaros, pájaros igual que flores, flores soles y lunas, lunas soles como yo, como almas, como cuerpos, cuerpos como la muerte y la resurrección; como dioses. Y soy un dios sin espada, sin nada de lo que hacen los hombres con su ciencia; sólo con lo que es producto de lo vivo, lo que se cambia todo; sí, de fuego o de luz, luz. ¿Por qué comemos y bebemos otra cosa que luz o fuego? Como yo he nacido en el sol, y del sol he venido aquí a la sombra, ¿soy de sol, como el sol alumbró?, y mi nostalgia, como la de la luna, es haber sido sol de un sol un día y reflejarlo sólo ahora. Pasa el iris cantando como canto yo. Adiós iris, iris, volveremos a vernos, que el amor es uno y solo y vuelve cada día. ¿Qué es este amor de todo, cómo se me ha hecho en el sol, con el sol, en mí conmigo? Estaba el mar tranquilo, en paz el cielo, luz divina y terrena los fundía en clara, plata, oro inmensidad, en doble y sola realidad; una isla flotaba entre los dos, en los dos y en ninguno, y una gota de alto iris perla gris temblaba en ella. Allí estará temblándome el envío de lo que no me llega nunca de otra parte. A esa isla, ese iris, ese canto yo iré, esperanza mágica, esta noche. ¡Qué inquietud en las plantas al sol puro, mientras, de vuelta a mí, sonrío volviendo ya al jardín abandonado! ¿Esperan más que verdear, que florear y que frutar; esperan, como un yo, lo que me espera; más que ocupar el sitio que ahora ocupan en la luz, más que vivir como ya viven, como vivimos; más que quedarse sin luz, más que dormirse y despertar? En medio hay, tiene que haber un punto, una salida; el sitio del seguir más verdadero, con nombre no inventado, diferente de eso que es diferente e inventado, que llamamos, en nuestro desconsuelo, Edén,

Oasis, Paraíso, Cielo, pero que no lo es, y que sabemos que no lo es, como los niños saben que no es lo que no es que anda con ellos. Contar, cantar, llorar, vivir acaso; «elocio de las lágrimas», que tienen (Schubert, perdido entre criados por un dueño) en su iris roto lo que no tenemos, lo que tenemos roto, desunido. Las flores nos rodean de voluptuosidad, olor, color y forma sensual; nos rodeamos de ellas, que son sexos de colores, de formas, de olores diferentes; enviamos un sexo en una flor, dedicado presente de oro de ideal, a un amor virgen, a un amor probado; sexo rojo a un glorioso; sexos blancos a una novicia; sexos violetas a la yacente. Y el idioma, ¡qué confusión!, qué cosas nos decimos sin saber lo que nos decimos. Amor, amor, amor (lo cantó Yeats) «amor en el lugar del escremento». ¿Asco de nuestro ser, nuestro principio y nuestro fin; asco de aquello que más nos vive y más nos muere? ¿Qué es, entonces, la suma que no resta; dónde está, matemático celeste, la suma que es el todo y que no acaba? Hermoso es no tener lo que se tiene, nada de lo que es fin para nosotros, es fin, pues que se vuelve contra nosotros, y el verdadero fin nunca se nos vuelve. Aquel chopo de luz me lo decía, en Madrid, contra el aire turquesa del otoño: «Termínate en ti mismo como yo». Todo lo que volaba alrededor, ¡qué raudo era!, y él qué insigne con lo suyo, verde y oro, sin mejor en el oro que en lo verde. Alas, cantos, luz, palmas, olas, frutas me rodean, me envuelven en su ritmo, en su gracia, en su fuerza delicada; y yo me olvido de mí entre ello, y bailo y canto y río y lloro por los otros, embriagado. ¿Esto es vivir? ¿Hay otra cosa más que este vivir de cambio y gloria? Yo oigo siempre esa música que suena en el fondo de todo, más allá; ella es la que me llama desde el mar, por la calle, en el sueño. A su aguda y serena desnudez, siempre estraña y sencilla, el ruiseñor es sólo un calumniado prólogo. ¡Qué letra, universal, luego, la suya! El músico mayor la ahuyenta. ¡Pobre del hombre si la mujer oliera, supiera siempre a rosa! ¡Qué dulce la mujer normal, qué tierna, qué suave (Villon), qué forma de las formas, qué esencia, qué sustancia de las sustancias, las esencias; qué lumbre de las lumbres; la mujer, madre, hermana, amante! Luego, de pronto, esta dureza de ir más allá de la mujer, de la mujer que es nuestro todo, donde debiera terminar nuestro horizonte. Las copas de veneno, ¡qué tentadoras son!, y son de flores, yerbas y hojas. Estamos rodeados de veneno que nos arrulla como el viento, arpas de luna y sol en ramas tiernas, colgaduras ondeantes, venenosas, y pájaros en ellas, como estrellas de cuchillo; veneno todo, y el veneno nos deja a veces no matar. Eso es dulzura, dejación de un mandato, y eso es pausa y escape. Entramos por los robles melencidos; rumoreaban su vejez cascada, oscuros, rotos, huecos, monstruosos, con colgados de telarañas fúnebres; el viento les mecía las melenas, en medrosos, estraños ondeajes, y entre ellos, por la sombra baja, honda, venía el rico olor del azahar de las tierras naranjas, grito ardiente con gritillos blancos de muchachas y niños. ¡Un árbol paternal, de vez en cuando, junto a una casa, sola en un desierto (seco y lleno de cuervos; aquel tronco huero, gris, lacio, a la salida del verdor profuso, con aquel cuervo muerto, suspendido por una pluma de una astilla, y los cuervos aún vivos posados ante él, sin atreverse a picotearlo, serios). Y un árbol sobre un río. ¡Qué honda vida la de estos árboles; qué personalidad, qué inmanencia, qué calma, qué llenura de corazón total queriendo darse (aquel camino que partía en dos aquel pinar que se anhelaba)! Y por la noche, ¡qué rumor de primavera interna en sueño negro! ¡Qué amigo un árbol, aquel pino, verde, grande, pino redondo, verde, junto a la casa de mi Fuentepiña! Pino de la corona ¿dónde estás? ¿estás más lejos que si yo estuviera lejos? ¡Y qué canto me arrulla tu copa milenaria, que cobijaba pueblos y alumbraba de su forma rotunda y vijilante al marinero! La música mejor es la que suena y calla, que aparece y desaparece, la que concuerda, en un «de pronto», con nuestro oír más distraído. Lo que fue esta mañana ya no es, ni ha sido más que en mí; gloria suprema, escena fiel, que yo, que la creaba, creía de otros más que de mí mismo. Los otros no lo vieron; mi nostalgia, que era de estar con ellos, era de estar conmigo, en quien estaba. La gloria es como es, nadie la mueva, no hay nada que quitar ni que poner, y el dios actual está muy lejos, distraído también con tanta menudencia grande que le piden. Si acaso, en sus momentos de jardín, cuando acoje al niño libre, lo único grande que ha creado, se encuentra pleno en un sí pleno. Qué bellas estas flores secas sobre la yerba fría del jardín que ahora es nuestro. ¿Un libro, libro? Bueno es dejar un libro grande a medio leer, sobre algún banco, lo grande que termina; y hay que darle una lección al que lo quiere terminar, al que pretende que lo terminemos. Grande es lo breve, y si queremos ser y parecer más grandes, unamos sólo con amor, no cantidad. El mar no es más que gotas unidas, ni el amor que murmullos unidos, ni tú, cosmos, que cosmillos unidos. Lo más bello es el átomo último, el solo indivisible, y que por serlo no es ya más, pequeño. Unidad de unidades es lo uno; ¡y qué viento más plácido levantan esas nubes menudas al cenit; qué dulce luz es esa suma roja única! Suma es la vida suma, y dulce. Dulce como esta luz era el amor; ¡qué plácido este amor también! Sueño ¿he dormido? Hora celeste y verde toda; y solos. Hora en que las paredes y las puertas se desvanecen como agua, aire, y el alma sale y entra en todo, de y por todo, con una comunicación de luz y sombra. Todo se ve a la luz de dentro, todo es dentro, y las estrellas no son más que chispas de nosotros que nos amamos, perlas bellas de nuestro roce fácil y tranquilo. ¡Qué luz tan buena para

nuestra vida y nuestra eternidad! El riachuelo iba hablando bajo por aquel barranco, entre las tumbas, casas de las laderas verdes; valle dormido, valle adormilado. Todo estaba en su verde, en su flor; los mismos muertos en verde y flor de muerte; la piedra misma estaba en verde y flor de piedra. Allí se entraba y se salía como en el lento anochecer, del lento amanecer. Todo lo rodeaban piedra, cielo, río; y cerca el mar, más muerte que la tierra, el mar lleno de muertos de la tierra, sin casa, separados, engullidos por una variada dispersión. Para acordarme de porqué he nacido, vuelvo a ti, mar. «El mar que fue mi cuna, mi gloria y mi sustento; el mar eterno y solo que me llevó al amor»; y del amor es este mar que ahora viene a mis manos, ya más duras, como un cordero blanco a beber la dulzura del amor. Amor el de Eloísa; ¡qué ternura, qué sencillez, qué realidad perfecta! Todo claro y nombrado con su nombre en llena castidad. Y ella, en medio de todo, intacta de lo bajo entre lo pleno. Si tu mujer, Pedro Abelardo, pudo ser así, el ideal existe, no hay que falsearlo. Tu ideal existió; ¿por qué lo falseaste, necio Pedro Abelardo? Hombres, mujeres, hombres, hay que encontrar el ideal, que existe. Eloísa, Eloísa ¿en qué termina el ideal, y di, qué eres tú ahora y dónde estás? ¿Por qué, Pedro Abelardo vano, la mandaste al convento y tú te fuiste con los monjes plebeyos, si ella era, el centro de tu vida, su vida, de la vida, y hubiera sido igual contigo ya capado, que antes, si era el ideal? No lo supiste, yo soy quien lo vio, desobediencia de la dulce obediente, plena gracia. Amante, madre, hermana, niña tú, Eloísa; qué bien te conocías y te hablabas, qué tiernamente te nombrabas a él; ¡y qué azucena verdadera fuiste! Otro hubiera podido oler la flor de la verdad fatal que te dio tu tierra. No estaba seco el árbol del invierno, como se dice, y yo creí en mi juventud; como yo, tiene el verde, el oro, el grana en la raíz y dentro, muy adentro, tanto que llena de color doble infinito. Tronco de invierno soy, que en la muerte va a dar de sí la copa doble llena que ven sólo como es los deseados. Vi un tocón, a la orilla del mar neutro; arrancado del suelo, era como un muerto animal; la muerte daba a su quietud seguridad de haber estado vivo; sus arterias cortadas con el hacha, echaban sangre todavía. Una miseria, un rencor de haber sido arrancado de la tierra, salía de su entraña endurecida y se expandía con el agua y por la arena, hasta el cielo infinito, azul. La muerte, y sobre todo, el crimen, da igualdad a lo vivo, lo más y menos vivo, y lo menos parece siempre, con la muerte, más. No, no era todo menos, como dije un día, «todo es menos»; todo era más, y por haberlo sido, es más morir para ser más, del todo más. ¿Qué ley de vida juzga con su farsa a la muerte sin ley y la aprisiona en la impotencia? ¡Sí, todo, todo ha sido más y todo será más! No es el presente sino un punto de apoyo o de comparación, más breve cada vez; y lo que deja y lo que coje, más, más grande. No, ese perro que ladra al sol caído, no ladra en el Monturrio de Moguer, ni cerca de Carmona de Sevilla, ni en la calle Torrijos de Madrid; ladra en Miami, Coral Gables, La Florida, y yo lo estoy oyendo allí, allí, no aquí, no aquí, allí, allí. ¡Qué vivo ladra siempre el perro al sol que huye! Y la sombra que viene llena el punto redondo que ahora pone el sol sobre la tierra, como un agua su fuente, el contorno en penumbra alrededor; después, todos los círculos que llegan hasta el límite redondo de la esfera del mundo, y siguen, siguen. Yo te oí, perro, siempre, desde mi infancia, igual que ahora; tú no cambias en ningún sitio, eres igual a ti mismo, como yo. Noche igual, todo sería igual si lo quisiéramos, si serlo lo dejáramos. Y si dormimos, ¡qué abandonada queda la otra realidad! Nosotros les comunicamos a las cosas nuestra inquietud de día, de noche nuestra paz. ¿Cuándo, cómo duermen los árboles? «Cuando los deja el viento dormir», dijo la brisa. Y cómo nos precede, brisa quieta y gris, el perro fiel cuando vamos a ir de madrugada adonde sea, alegres o pesados; él lo hace todo, triste o contento, antes que nosotros. Yo puedo acariciar como yo quiera a un perro, un animal cualquier, y nadie dice nada; pero a mis semejantes no; no está bien visto hacer lo que se quiera con ellos, si lo quieren como un perro. Vida animal ¿hermosa vida? ¡Las marismas llenas de bellos seres libres, que me esperan en un árbol, un agua o una nube, con su color, su forma, su canción, su jesto, su ojo, su comprensión hermosa, dispuestos para mí que los entiendo! El niño todavía me comprende, la mujer me quisiera comprender, el hombre... no, no quiero nada con el hombre, es estúpido, infiel, desconfiado; y cuando más adulador, científico. Cómo se burla la naturaleza del hombre, de quien no la comprende como es. Y todo debe ser o es echarse a dios y olvidarse de todo lo creado por dios, por sí, por lo que sea. «Lo que sea», es decir, la verdad única, yo te miro como me miro a mí y me acostumbro a toda tu verdad como a la mía. Contigo, «lo que sea», soy yo mismo, y tú, tú mismo, misma, «lo que seas». ¿El canto? ¡El canto, el pájaro otra vez! ¡Ya estás aquí, ya has vuelto, hermosa, hermoso, con otro nombre, con tu pecho azul, gris cargado de diamante! ¿De dónde llegas tú, tú en esta tarde gris con brisa cálida? ¿Qué dirección de luz y amor sigues entre las nubes de oro cárdeno? Ya has vuelto a tu rincón verde, sombrío. ¿Cómo tú, tan pequeño, di, lo llenas todo y sales por el más? Sí, sí, una nota de una caña, de un pájaro, de un niño, de un poeta, lo llena todo y más que el trueno. El estrépito encoje, el canto agranda. Tú y yo, pájaro, somos uno; cántame, canta tú, que yo te oigo, que mi oído es tan justo por tu canto. Ajústame tu canto más a este oído mío que espera que lo llenes de armonía. ¡Vas a cantar! toda otra primavera, vas a cantar. ¡Otra vez tú, otra

vez la primavera! ¡Si supieras lo que eres para mí! ¿Cómo podría yo decirte lo que eres, lo que eres tú, lo que soy yo, lo que eres para mí? ¡Cómo te llamo, cómo te escucho, cómo te adoro, hermano eterno, pájaro de la gracia y de la gloria, humilde, delicado, ajeno; ángel del aire nuestro, derramador de música completa! Pájaro, yo te amo como a la mujer, a la mujer, tu hermana más que yo. Sí, bebe ahora el agua de mi fuente, pica la rama, salta lo verde, entra, sal, registra toda tu mansión de ayer; ¡mírame bien a mí, pájaro mío, consuelo universal de mujer y hombre! Vendrá la noche inmensa, abierta toda, en que me cantarás del paraíso, en que me harás el paraíso, aquí, yo, tú, aquí, ante el echado insomnio de mi ser. Pájaro, amor, luz, esperanza; nunca te he comprendido como ahora; nunca he visto tu dios como hoy lo veo, el dios que acaso fuiste tú y que me comprende. «Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tienes tú». ¡Qué hermosa primavera nos aguarda en el amor, fuera del odio! ¡Ya soy feliz! ¡El canto, tú y tu canto! El canto... Yo vi jugando al pájaro y la ardilla, al gato y la gallina, al elefante y al oso, al hombre con el hombre. Yo vi jugando al hombre con el hombre, cuando el hombre cantaba. No, este perro no levanta los pájaros, los mira, los comprende, los oye, se echa al suelo, y calla y sueña ante ellos. ¡Qué grande el mundo en paz, qué azul tan bueno para el que puede no gritar, puede cantar; cantar y comprender y amar! ¡Inmensidad, en ti y ahora vivo; ni montañas, ni casi piedra, ni agua, ni cielo casi; inmensidad, y todo y sólo inmensidad; esto que abre y que separa el mar del cielo, el cielo de la tierra, y, abriéndolos y separándolos, los deja más unidos y cercanos, llenando con lo lleno lejano la totalidad! ¡Espacio y tiempo y luz en todo yo, en todos y yo y todos! ¡Yo con la inmensidad! Esto es distinto; nunca lo sospeché y ahora lo tengo. Los caminos son sólo entradas o salidas de luz, de sombra, sombra y luz; y todo vive en ellos para que sea más inmenso yo, y tú seas. ¡Qué regalo de mundo, qué universo mágico, y todo para todos, para mí, yo! ¡Yo, universo inmenso, dentro, fuera de ti, segura inmensidad! Imágenes de amor en la presencia concreta; suma gracia y gloria de la imagen, ¿vamos a hacer eternidad, vamos a hacer la eternidad, vamos a ser eternidad, vamos a ser la eternidad? ¡Vosotras, yo, podemos crear la eternidad una y mil veces, cuando queramos! ¡Todo es nuestro y no se nos acaba nunca! ¡Amor, contigo y con la luz todo se hace, y lo que haces amor, no acaba nunca!